NOVELA

DANIELA TARAZONA

EL CORAZÓN HABITANTE



Almadía



DANIELA TARAZONA

EL CORAZÓN HABITANTE


Almadía

NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

© 2025 Daniela Tarazona
© 2025 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.
Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

Ilustración de portada: Alejandro Tarrab

https://editorialalmadia.com/
www.facebook.com/editorialalmadia
@Almadia_Edit

Edición digital: agosto de 2025

ISBN: 978-607-2631-28-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Hecho en México.



Índice

A seis días del regreso

Lunes 3 de febrero

Viernes 7 de febrero

Anotaciones

A José Roberto Pulido Tinoco

Rozo con los dedos cubiertos de musgo el papel escrito por una mano ignota, acaso mi padre cenagoso, acaso tú, o acaso tu antepasado, aquel que te consignó a los fastos del fuego. Con mano incierta trazo el dibujo de una corona, no sé si tuya o mía, y muestro la hoja a la ventana, apoyándola en los cristales, para que la ciénaga vea el dibujo de nuestra dignidad, para que, si las llamas ven, puedas ver que quiero participar por fin en una única coronación.

GIORGIO MANGANELLI, *La ciénaga definitiva*

La luz no entraba a la caverna. De rodillas frente al fuego, la mujer deshebraba la carne de caza. Hirvió un trozo y luego cerró los ojos. Esperaba que el músculo del animal se reblandeciera para clavar sus dedos en él. La mujer sabía que preparar los alimentos implicaba deshacerse de la firmeza para que la masticación fuera menos esforzada.

Estaba sola. El hombre regresaría cuando el cielo mostrara su tono anaranjado y verde. Ella soltó de sus dedos gruesos las hebras de carne sobre la hoja de una planta. Se puso de pie y caminó con algo de cansancio hacia la entrada de la caverna. Desde allí observaba la superficie apacible de la laguna. Arrugó los ojos deslumbrada por el brillo del Sol. Extendió los brazos hacia el cielo en un gesto extraño que la llevaba a fuerzas superiores, porque ella, al alzar los brazos al cielo, estaba creyendo en los dioses. ¿Qué pedía la mujer? Conocía la suerte de otras como ella, habitantes de cavernas cercanas que tenían crías. Pensaba en el deseo de parir. El hombre lo sabía. Le externaba en los balbuceos compartidos que quería un hijo.

La mujer volvió al fondo de la caverna. Era ocasión de machacar las frutas. Sobre una base de madera, deshizo dos plátanos.

Cuando era demasiado tarde para pensar, se recostó a esperar al hombre.

Llegó puntual. La piel de tigre sobre los hombros, el cuerpo doblado en dos por la carga de la presa. Dejó sobre el suelo de la entrada la mitad de un ciervo y abrió bastante los ojos: la carne desgarrada brillaba y la espalda y las piernas del hombre estaban manchadas de sangre. Había sido un buen día, con alimento para saciar el hambre. Ella soltó un graznido, como el de un ave inquieta. Se acercó al hombre y deslizó la palma de la mano sobre uno de sus muslos. Compartía con este gesto el esfuerzo de la caza y sus consecuencias en el líquido rojo y magnífico del animal; tocaba el interior del cuerpo del ciervo.

El hombre tomó del pelo a la mujer, la jaló hacia su pecho y le metió la lengua a la boca. La mujer supo que él había corrido largas extensiones de tierra para encontrar al animal. El sabor de su boca era a polvo. Resultaba natural que lo tragara, perdido en la conmoción de la carrera.

Ella arrastró la mitad del cuerpo del ciervo sobre el suelo de la caverna. Los cuernos dibujaron líneas y figuras indescifrables en la tierra. El hombre había dejado la otra mitad en la orilla de la laguna, sepultada bajo ramas pesadas y hojas amplias.

La mujer fue hacia un rincón a buscar el cuchillo de piedra. Se sentó en el suelo para tomar una de las pezuñas del ciervo y tirar de ella, con la intención de dejar frente a sus ojos el pecho extendido. Separó el pelo con los dedos y vio la piel grisácea. Empuñó el cuchillo y tomó distancia con el brazo para, desde la verticalidad, asestar la piedra afilada sobre el pecho. El hombre, en aquel momento, se hallaba recostado con los ojos apenas abiertos, pero desde allí la miró y aprobó en silencio el inicio de la carnicería.

Ella hundió la mano entera dentro de la herida y la sumió más para buscar lo que preferían comer primero: el corazón. Movió la mano dentro, estaba sintiendo el calor de la carne, la humedad de la sangre, la textura de aquel interior habitado por las vísceras. Es probable que hiciera a un lado el pulmón izquierdo y que encontrara el corazón a la par.

Gimió para llamar al hombre. Él se incorporó despacio. Cuando consiguió erguirse a su modo se aproximó, también le gemía como si pudiera prever lo que ella quería mostrarle. La mujer enseñó los dientes. Luego, preparada para lo que viniera, agarró con fuerza lo que sus dedos habían sentido en el interior del ciervo. Sacó la mano de un tirón y acercó una piedra a los ojos del hombre.

En el jardín conviven los animales. Los cerdos andan alrededor de las jaulas de cuatro conejos robustos. Cada uno es semejante al otro en alguna de sus funciones o sus partes. William considera que la mano de Dios está en la creación, y con el uso audaz de sus instrumentos indaga dentro de cuerpos. Algunos son cuerpos vivos de animales, otros son cuerpos muertos de ladrones o personas repudiadas por haber cometido crímenes.

En su estudio privado, William Harvey se dedica a observar los misterios de las entrañas. Sus ojos dieron con los órganos y dirigió su atención al corazón. Harvey quiso saber de qué manera circula la sangre dentro de los cuerpos. Para averiguarlo, él disecciona.

Es bajo y tiene el pelo oscuro. Lleva consigo, al cinto, una daga. Podría presentarse con la misma estampa cada día. Habla de manera precisa y veloz con los demás. Una voz que corta. Tal vez pueda asociarse la manera punzante de hablar a su vocación por la cirugía. Herir para sanar. William cree en la potencia de las palabras y en los testimonios con el mismo ímpetu con que cree en las disecciones y vivisecciones.

Se mueve de manera rápida, su cuerpo parece electrizado. Decir que la sangre, primera morada del alma, realiza un movimiento circular dentro del cuerpo, no es cualquier cosa. Los miembros son relevantes. La sangre encuentra su destino final en las manos y los pies, luego viaja en sentido contrario. Es lo que el médico dirá.

Tiempo atrás, William abrió el cuerpo vivo de una paloma y, de inmediato, sus ojos se detuvieron en el pequeño corazón del ave para notar sus latidos. La paloma murió. Harvey, compasivo, mojó su dedo en saliva y lo posó sobre el corazón del ave. Por el calor del dedo y la humedad, tal vez, el corazón otorgó algunos latidos más y luego se detuvo.

William sabe que la sangre circula de manera perpetua. Le interesa averiguar de qué modo ocurre esto. Con los ojos entreabiertos, mira por la ventana de su estudio y anota en su libreta varias observaciones acerca del comportamiento animal. Deduce que el desplazamiento de un cerdo, en sus averiguaciones sobre el suelo, es semejante a la ciencia humana que procura indagar los secretos del organismo. El cerdo olfatea para vincularse al mundo, el hombre de ciencia realiza experimentos para que el mundo no deje de vincularse con él. Al médico le gustan los carnavales porque el cuerpo se hace del mundo otra vez, en un ciclo perpetuo de putrefacción y nacimiento. Observa la inquietud de los conejos en sus jaulas. La provocación de unos hacia otros, sus cuerpos erizados de impulsos, de principios naturales. William devuelve la atención a su libreta para escribir lo que ve.

Las precisiones no son justas. Solo Dios ofrece justicia. A veces, mira el suelo para ser humilde de nuevo. Sabe que sus acciones son un desafío a la divinidad. El médico es de carácter soberbio y frágil.

La forma de un órgano puede indicar pormenores sobre su funcionamiento, pero solo mediante la observación y los experimentos se da con los detalles. No importa, por ejemplo, que el cerebro sea semejante a una nuez, aunque la ingesta de la nuez sea buena para la salud cerebral. Ocurre algo semejante con la forma y la función. No son correspondientes, aunque una dé señales al respecto de la otra. William acepta que algunas ideas se disuelvan porque es un hombre afecto a la mecánica. Por lo mismo, su consideración del cuerpo como máquina le otorga los atributos del hombre que conoce, sobre todo, las causas. Las consecuencias se encuentran en un segundo plano, lo que persigue es un descubrimiento científico de alcances milenarios.

William se inquieta al traer la idea de la espontaneidad a su mente. El cuerpo-máquina funciona así. ¿Qué quiere decir esto? Se trata de movimientos y acciones que no responden a nada, salvo a la voluntad de Dios. En este punto, las particularidades de cada cuerpo, animal o humano, se desdibujan y aparecen iguales ante los ojos de los hombres. La espontaneidad es decisión del todopoderoso, él otorga la vida y permite que suceda.

Cuando anochece, el médico se descalza y se coloca las zapatillas de cuero. Anda por su casa como cualquiera andaría. Busca en las repisas de su biblioteca un libro. Y lee.

Se ha hecho demasiado tarde, piensa, cuando la noche llega por completo y se ha olvidado la luz solar. El cambio del día a la noche lo perturba, pues nada vuelve a ser igual después. William sabe que la vida se pierde cada día. Ver al corazón como el centro, como el órgano principal del cuerpo, lo lleva a pensar con frecuencia en figuras circulares. Y justo cuando está por cerrar los ojos para dormir

con placidez, imagina el encadenamiento perpetuo del círculo y siente alivio, pero también temor.
Desde allí observas la esfera azul en otro tiempo. No hay día y no hay noche. Te entregas a tus tareas. El día anterior la Luna se encontraba más cerca. Acabas de salir a reparar los circuitos externos porque la electricidad ha mostrado fallas.

Tras los padecimientos que sufrió Ryu, tu resistente compañero de viaje, te has dedicado a estudiar las bacterias en la nave. Descubriste la proliferación del estafilococo, pero no le has externado tu inquietud a él y has permanecido en silencio. Tu imaginación te arroja hacia un porvenir epidémico poco probable, aunque la nave está cundida por bacterias.

Tus labores fuera se prolongan durante tres horas colgado de la nave, como la cría de una ballena junto a su madre. El plan inicial era que Ryu realizara las reparaciones a la par tuyo, pero decidió no acompañarte.

Aunque se dedican al uso de las consolas y las computadoras, les resta media jornada para hacer cualquier otra cosa. Te inquieta el comportamiento de los circuitos, alucinas que las pulsaciones de tu corazón se acompasarán a ellos o al tintineo de sus luces, que tu cuerpo inflado se disolverá entre los cables, excepto los restos que has dejado al oprimir los botones y operar los controles: escamas de piel, pelos, virutas de moco.

Por la noche, en una llamada intercambias con tu hijo las formas que descubres en las gráficas de desplazamiento. Le dices que algo extraño ocurre en el universo, pues, al contraponer una gráfica con otra, has visto lo más sorpresivo: las claves resultantes son las mismas que describen la rotación de la Tierra. Alucinado, le pediste a tu hijo que procurara desplazarse en la tierra a partir de ahora. Sabes que las cosas ya no son, de ningún modo, como han sido. El significado de las palabras y los números es otro. Se trata de un hecho no experimentado antes, le explicaste. Intentaste escribirlo en tu bitácora sin revelar el secreto, porque te asustó: cualquier señal contraria al orden, incluso el propio texto que te ocupaba, la suma

de palabras, podía alterar el devenir del universo. Te referías a los hechos circulares e incesantes. Las gráficas mostraban la dirección universal.

Le pediste a tu hijo que, si asistía a convivir con otros, buscara sitios con nombres positivos, el restaurante de nombre Pacífico, o el Parque de la Reconciliación, por ejemplo. Se lo dijiste: "El lugar por el que te desplaces, el sitio donde decidas vivir, te otorgará sentido", pero no se trataba, en realidad, de un pormenor espacial. No querías que se confundiera con eso. Te referías a que la estancia en el mundo conocido había perdido validez, pues los habitantes ya no estaban en los lugares. "Lo importante (y con eso remataste la conversación), lo relevante", le dijiste, "es aparecer y desplazarse con el cuerpo por lo que antes conocíamos como espacio".

Has pensado en matarte. Te detiene la responsabilidad que caería en Ryu. Consideras que puedes resistir. Les queda una semana más en el espacio.

Si te mataras, lo harías en algún día conmemorativo. Pocas personas se percatarían de los fundamentos de tu renuncia. Pero dejarías una carta explicando tus motivos. Si tuvieras suerte, con el paso del tiempo tu rebelión –sacrificar tu cuerpo y tu vida– sería reconocida por otros.

Antes de atarte al saco de dormir, recuerdas la primera vez que observaste una estrella cuando eras pequeño. De pie junto a la puerta de la casa, alzaste la vista al cielo porque tu padre te lo indicó y viste el esplendor de Altair. Entonces no supiste identificarla, lo conjeturaste varias décadas después al estar en el mismo lugar y casi en la misma fecha, durante tu primer año universitario, cuando te despediste de los restos de tu padre.

La mujer acuna la piedra entre las dos manos. Por las rendijas del techo de la caverna se trasmina el rayo delgado de luz que viene del Sol. La misma luz que en ese instante se detiene sobre la vegetación que rodea a la guarida. El hombre está hincado y alcanza con la nariz la piedra para olerla. Distingue el olor caliente de la sangre, también el de la carne del animal. Luego se lleva el dorso de la

mano a la boca para rebañar la saliva que ha dejado salir porque siente hambre.

La mujer sumerge la roca en el cuenco del agua. La sangre que la cubre se disuelve y deja un hilo rojo en el líquido, pero luego se mezcla con el resto y pierde el color de manera repentina. El agua es transparente de nuevo. Entonces ella se aleja del centro de la caverna y anda hacia el fondo, en la oscuridad se pone en cuclillas y orina. El hombre no hace nada en aquel instante, permanece quieto, mirando la arena del suelo.

Él extrae de una vejiga cinco frutos pequeños de color violeta. Los coloca sobre una piedra lisa, en donde la mujer los deshace. Ella vuelve del fondo, con el rostro relajado, y se inclina sobre los frutos. Están uno a la par del otro, como si esperaran ser retratados. Recupera la piedra del cuenco de agua y la trae en la mano hasta dejarla sobre el suelo junto a los frutos que brillan. Se dispone a triturarlos. Los acomoda con sus costados lisos por debajo –podrían ser cuadrados pero son hexagonales– y comienza a golpearlos para conseguir el néctar oscuro. Se ocupa en ello porque tiene un plan.

El hombre se incorpora, medio erguido, y va hacia el lecho de ramas secas para dormir. Pero la mujer no cesa de trabajar, testaruda como es, y camina hacia el muro que estaría al Este de la cueva, si existieran los puntos cardinales. Lleva consigo la plancha de piedra con los frutos heridos. Se embarra los dedos con la tinta y comienza a dibujar sobre el muro el cuello de un caballo. Desliza sus dedos con la certeza de heredar el testimonio que le corresponde, aunque no sabe a quién. El caballo empieza a figurarse. Es fuerte. Enseña un poco los dientes, relincha allí. Ella se lame los dedos cuando termina el trazo del hocico. A la par de él, en días anteriores, ha dibujado otros equinos. Y animales de su tiempo que se superponen en la roca a la manera de las bestias que escapan o buscan en dónde guarecerse. La mujer ilustra la amenaza que sus brazos y los del hombre implican hacia los animales vivos que rondan la caverna. Cuando termina el dibujo del caballo, da dos pasos hacia atrás, para tomar distancia, y contempla lo que acaba de hacer. Esboza en ese momento la sonrisa que el hombre encuentra extraña. Entre los labios, muestra los dientes, de modo

parecido al caballo. Y con resoplidos de satisfacción ella festeja su talento para dibujar. Desde el lecho, el hombre la ve con el rabillo del ojo. La espía. Se hace el dormido para no inmiscuirse en aquello que considera tan raro. Ella ha estado así desde el frío pasado, yendo hacia el muro entre los días, como si buscara algo que no está en lo que se conoce de afuera.

La mujer termina. Primero se sienta sobre el suelo y, luego, se pone en cuatro patas. Desde esta postura mira el muro. Los días han transcurrido con calma, los animales retratados con las cuatro extremidades sobre el suelo le permiten sentir que el hombre podrá cazarlos, de la misma manera como la agarra por detrás y sin aviso previo. Él se levanta de un salto. Va con su joroba hasta donde está ella relinchando. Se hinca detrás y la trae hacia sí. La mujer tiene los ojos bien abiertos, pareciera que va a expulsarlos arremetidos por la fuerza del hombre. Si los ojos de ella rodaran sobre el suelo arenoso de la cueva verían su cuerpo desnudo y con brillos en los huesos marcados en la piel porque la carne de la mujer es magra.

Cuando el hombre da el último empujón con la cadera sobre sus nalgas abiertas, ella se deja caer sobre el suelo. La arena de la cueva se le mete a la boca, cierra la mandíbula para recuperar el aliento y siente la tierra entre los dientes. Levanta la vista y mira la cabeza del caballo que recién pintó y le parece que se mueve, le parece que el viento despeina las crines, le parece, en fin, que el caballo ha cobrado ánimo y se asombra un poco.

El hombre se incorpora y acude a su lecho dando pasos arrastrados sobre el suelo. Deja huellas sobre la tierra. La marca así. Se recuesta a dormir ahora más exhausto que antes. Ha tenido pocos pensamientos desde que llegó con el ciervo. Ahora imagina la oscuridad del cielo, piensa que tal vez verá de nuevo la lluvia de puntos luminosos que observó dos noches antes desde la entrada, poco tiempo después de que se ocultara el Sol.

Ellos persisten resguardados entre esos muros como si creyeran que delante se extiende la vida eterna. No entienden los recuerdos de sus padres sin vida en las cavernas anteriores. No comprenden,

pues, que morirán también. Ella vio morir a un niño en los brazos de otra mujer. Vio la manera en que su cuerpo se echaba a perder con el paso de los días. Y pensó que el niño estaba destinado a no vivir tras haber visto la luz.

El hombre se durmió. Entre sus dientes sale un chorro de aire que resuena. La mujer está tumbada boca arriba y de sus ingles escurren gotas de semen.

La mujer se pone de pie para ir a la entrada de la cueva. Ha escuchado ruidos de otros como ellos o eso cree. Pisa las huellas del hombre y las desdibuja, lo ve dormir mientras pasa a su lado. Cuando está más cerca de la entrada percibe el olor a animal muerto: es la carne del ciervo que empieza a descomponerse.

En el anfiteatro de la escuela, el alumno desea mirar del mismo modo que el médico fija la vista sobre las cosas, y ya ha colocado sobre la mesa de madera el cuerpo del perro. Está disponiendo los instrumentos en otra mesa aledaña cuando escucha las voces que vienen de afuera y se acercan. William entra seguido de cinco estudiantes. Se retira la casaca y saluda con los ojos al alumno. Entonces, él va hacia lo alto de las gradas para abrir la puerta estrecha y decirles a los que esperan que pueden pasar. Harvey mira hacia la puerta, desde abajo: la ceja izquierda más arriba que la derecha y arqueada como el pico de una montaña.

William, originario de Kent, ha sentido miedo. En su pueblo se cree que los hombres tienen cola. Ha soñado que se despierta y observa, de espaldas a la medialuna reflejante, que una cola semigruesa le crece del coxis.

No usa guantes, se enjuaga las manos en un aguamanil con cebo de jabón. Se lava los antebrazos. Con los pies puestos sobre el suelo en forma de "v", a la manera de una bailarina, se dispone a cobrar la fuerza precisa para la tarea que viene. De camino a la escuela, puso los ojos en los árboles y las plantas porque mira con el mismo interés a las criaturas vegetales que a las de carne y hueso. El perro está delgado. Murió por la mañana en la calle que da a la parte trasera de la escuela. El pelo liso brilla bajo la luz que se cuela por

los ventanales rectangulares de la parte más alta del anfiteatro. Del hocico sale la lengua, lánguida, muerta pero aún rosada.

En los momentos de descanso, Harvey come nueces. Mete la mano en el bolsillo de su pantalón de lana y pesca una nuez para llevársela a la boca, repite el movimiento hasta que siente que su hambre aminora. Las semillas masticadas le cubren las muelas y los dientes del fondo. Le gusta pasarse la lengua encima de ellas para recoger lo que allí quedó. Con la nuez dentro de la boca, en la masticación, el médico mira el suelo y levanta la vista para encontrar el cuerpo del perro porque es su objetivo ahora. Con el sabor de la semilla dentro de la boca, la semilla dentro de su cuerpo, sin que pueda explicar de qué manera absorbe los nutrientes, se siente capaz de acudir de nuevo hacia el cuerpo del animal.

Da un paso delante de la fila que se ha formado con los cinco estudiantes y aquel que dispuso al perro sobre la mesa. Empieza a hablar para decirles que la disección comenzará en breve. El médico no conoce el agotamiento, ni las atribulaciones ante los cuerpos deshechos. Es resistente y su energía no cesa de producirse en la estatura baja que Dios le dio.

A William le fascinan las arañas que se suspenden en el aire con hilos invisibles que salen de sus cuerpos. Si se atreviera podría decir: "Cualquier ser vivo es araña". Se acerca con sigilo a la mesa y extiende la mano para recibir del alumno que lo admira un cuchillo que lanza destellos hasta los pómulos de quienes están sentados ya esperando el espectáculo. Lo primero que hace es ocultar la lengua del perro dentro del hocico, por pudor, y cerrarlo con la mano. Gira el cuerpo para dejarlo vencido sobre su espina dorsal. Separa las patas. El perro parece suplicante así. Y lleva la mano derecha, empuñada con fuerza, al pecho. Clava el cuchillo y extiende el movimiento hacia el fondo, como se corta la carne en la carnicería. Abre la herida, se esmera en el movimiento, algo truena, deben ser las costillas. Expone a los asistentes la suma de órganos: los pulmones con un poco de aire todavía, las tripas con comida descompuesta, la vejiga que asoma como una fruta. Casi siempre, Harvey es un hombre con determinación. Los alumnos lo saben y

enarbolan frases de alabanza que aumentarán con el paso de los años.

El perro aúlla en alguna parte del relato. No se ve ahora porque murió fuera de escena. Se saca los ojos, es mitad hombre mitad animal, y llora lágrimas de sangre antes o después de ser diseccionado.

William continúa su labor; poco a poco, con las manos de mago que tiene, va mostrando las vísceras y enuncia sus funciones. El perro se convierte en una criatura más humana en la medida en que el médico explica. En las gradas, hay un alumno con patas de palo. Harvey lo vio entrar a la escuela un poco antes de la función anatómica. Este hombre se pone de pie sobre sus patas con esfuerzo y decide hablarle al médico. Pregunta sobre la labor de los intestinos. Quiere saber si su dolencia viene de la alimentación de carne roja o si se debe, en cambio, a alguna anomalía. El médico continúa la disección como si no lo escuchara.

La carnicería sigue y el médico insiste en esta idea: el perro es de manera exacta un can. Su cola, dice entre risas, es similar a la de los habitantes de Kent. Los asistentes sueltan carcajadas. La sangre del animal escurre de la mesa y alcanza el suelo. Es casi de noche. El médico sueña consigo mismo sentado en una taberna y dejando que el vino entre a su cuerpo.

El siguiente animal que Harvey diseccionará será un cerdo. Pero a diferencia del perro estará vivo. Porque la anatomía de los cerdos es semejante a la de los hombres. Y vale la pena sostener los cuerpos calientes sobre la mesa para ahondar en la estructura que nos caracteriza, piensa. Pero es del todo cierto que la vivisección del cerdo la hará un barbero experimentado y William solo señalará con una vara las partes del cuerpo referidas en la recitación.

El tiempo existe en la mente. Perdiste su noción. Escondes tu libreta para que Ryu no consiga leer lo que escribiste.

El día anterior limpiaron el moho. Manchones verdes y grisáceos se esparcen sobre las superficies. Eso que crece viene de ustedes, de sus respiraciones y sus manos, de la grasa de sus rostros y de la

saliva. En el tiempo que llevan aquí, han realizado esta tarea tres veces. El *penicilium* y el *aspergillius* persisten. Las esporas te salvan de la tristeza o el horror; te alivia saber que ellas pueden sobrevivir más allá de ti. Tal vez hay criaturas de otro planeta en esas esporas, en su multiplicación sin tregua. Por eso, cuando limpias la nave, procuras dejar algo de ellas. Es un secreto.

Tu hijo respondió por la mañana. Te aseguró haberse desplazado a pie hacia los destinos que le significaron. Dijo que en la Tierra el calor es mayor al del año anterior. Un verano de fuego que anuncia lo que vendrá.

Si pudieras desplazarte en el espacio con tus propios medios, te aproximarías al Sol para incinerarte. Tus fantasías suicidas te otorgan un poco de consuelo. Engañaste a los examinadores antes de viajar. Pudieron suponer que necesitaste antidepresivos para vivir en años anteriores, pero hiciste los trucos precisos para que tu sangre apareciera limpia en los estudios. Ahora mismo añoras la saciedad de las píldoras sobre tu lengua. Los médicos dicen ignorarlo, pero las pastillas son tan excelentes que al contacto con la saliva ya producen alegría.

Has desconectado los circuitos centrales poco a poco, tal como te lo indicaron. Tu desgracia es la obediencia y la sumisión. Hace tiempo claudicaste para convertirte en soldado de las máquinas. Tu mente se encuentra vacía de sentido. Por eso ninguna emoción te alcanza. No es tarde para nada porque no existe remedio. Para ti lo de menos es desaparecer. Lo peor es la incapacidad de responder a la Historia, porque fueron otros en épocas remotas. Piensas que volverán a carecer de recuerdos, tal como los habitantes de las cavernas en la prehistoria, pero sin la voluntad de representar la fuerza de un rayo al construir el arma para defenderse.

Llamas a Ryu y le muestras el territorio que se consume bajo el fuego, la mitad de un país en llamas.

Comprendes el espacio de otro modo. Su efecto en tu cuerpo te ha llevado a pensar que no solo están hechos de músculos y huesos. Te suspendes en el aire. Extiendes los brazos, despegas del suelo y, si te lo propones, consigues alcanzar lo que está lejos de tus manos. Piensas que tuviste este pensamiento la primera vez que te sumergiste en el agua. Conoces las causas físicas que propician la suspensión, cómo no podrías saberlas. Sin embargo, meditas sobre el sentido más específico de un cuerpo. Por ejemplo, saberse limitado y expansivo: el cuerpo que termina en sus bordes, pero se propaga de modo misterioso a través del espacio y asume que sus extremidades son más largas de lo que puede observarse. Son extensiones. Y el cuerpo deja de ser, de modo continuo, ese cúmulo definido para volverse ráfaga de aire. Tu cuerpo es lo que se encuentra alrededor. Distingues este fenómeno. El desplazamiento en el espacio es lo que falta en el mundo para hallar sentido. Sabes que ya no alientan la luz en el alma porque no son los de antes que creían en fuerzas invisibles.

Hicieron una transmisión para los controladores en Tierra. Flotaron frente a la cámara con la aceptación de los heridos. Cedieron sus imágenes, cada uno suspendido en la sala anterior de la nave, para dar al público, a los millones de personas que los veían, una imagen verídica. La misión terminará pronto. Fue la última vez que aparecieron retratados ante las cámaras. Hablaron del orgullo que sintieron por representar a sus naciones (aunque fuera falso); prometieron llevar información nueva a la Tierra y especularon acerca de lo que ignoraban. Después, juntaron sus manos al frente e hicieron un ¡hurra! La transmisión terminó allí, aunque sabían que sus acciones eran filmadas a lo largo de cada jornada. Miles de imágenes sobre su comportamiento estaban siendo revisadas. La habitación de cada uno fue el único sitio en donde consiguieron resguardarse del espionaje. Aquí escribes, pero no te salvarás de ser visto. Ryu te preguntó acerca de tu bitácora en la sala de mandos en donde también hay cámaras.

Más allá de la laguna que se observa desde la entrada de la caverna anda otro par de hombres. La mujer los alcanza a ver. Van desplazándose por deseo, sin saberlo, entre las cañadas. Hace

demasiado frío, hay viento. La mañana es nueva y la tierra se extiende a la manera de una afrenta. Ahora los dos hombres miran la laguna. Desde el punto en donde se encuentran medio erguidos, con las pieles sobre sus espaldas, no pueden ver a la mujer que está arriba, a media montaña, mirándolos. Hinchan las narices para aliviarse con el aire frío, o para resistir. Esconden las manos bajo las pieles, pretenden rehacerse del calor de sus muslos.

La manada de animales cornudos que abreva agua apenas se percata de la presencia de los dos cazadores. Un espécimen mediano, a la par de los otros, gira la cabeza y muestra un leve movimiento en las orejas cuando los distingue cerca, pero no teme. Arriba, la mujer siente miedo.

Los hombres continúan avanzando sobre el suelo. Paso a paso. La mujer espera que el suyo, su compañero, vuelva cuanto antes, aunque sabe que no será así. Entonces, se da media vuelta y se resguarda adentro, lejos del umbral. Mira los restos deformados del ciervo. Los insectos rodean la carne, la acechan, la visitan con sus cuerpos diminutos.

Abajo, con el transcurso del tiempo, los hombres han conseguido acercarse a la montaña. La mujer casi puede olerlos.

Deja las semillas encima de una hoja. Ha pelado varias con las uñas. Se pone de pie y va hacia la entrada de la cueva. Los hombres miran hacia lo alto de la montaña y la descubren. Está allí sola. Ellos son dos casi iguales, sus cuerpos apenas muestran diferencias. La gran cicatriz en la rodilla que expone uno es suplantada por la cicatriz en el centro de la frente que muestra el otro. Este último lanza un grito de júbilo o rabia. Como sea, la mujer comienza a temer con mayor intensidad. Entonces el de la cicatriz en la rodilla emprende el camino y llama al otro para ascender la montaña. Desde la distancia, sus cuerpos son semejantes a los insectos que carcomen la carne del ciervo. Su hambre también se parece. Y suben por la ladera. La mujer se va hacia el fondo de la caverna y, extenuada por el miedo, mira el muro que ha pintado antes. No sabe por qué lo hace, el muro es una ventana hacia otra parte, la ruptura

del tiempo, la abertura en el espacio, la huida. El muro se muestra seco, inmóvil, los dibujos la miran a ella; distinguen su gesto espantado.

Va a ponerse el Sol en el centro del cielo cuando los hombres alcanzan las proximidades de la entrada. Ahora resoplan y gimen, el de la herida en la frente grita, se asusta ante lo que vendrá.

Cuando llegan, la mujer ha conseguido subirse al techo como un murciélago. Encontró un recoveco donde anidar su cuerpo para protegerse; ellos la ven allí, en lo alto. El hombre con la rodilla marcada extiende la mano y la toma del brazo para hacerla bajar. En el momento en que ella toca el suelo, con un salto que podría haberle salvado el cuerpo, en realidad lo entrega. Los hombres la tumban al suelo y se incluyen en ella como dos desgracias.

Toman las herramientas que encuentran y se las llevan consigo. La mujer está en el suelo, cubierta de polvo. Los hombres salen y no vuelven la vista atrás. Ella permanece quieta, respira y agradece el aire en silencio. Más tarde, sin que se haya levantado, su compañero llega y ve las huellas sobre la arena del suelo y la mira. Siente una emoción que no había descubierto antes: quiere matar a otros como él. Y desprende un trozo de la carne del ciervo y lo coloca en el vientre de la mujer, donde encuentra manchas rojas y frescas.

Ella abre los ojos, viene del profundo sueño, indaga alrededor, deja escurrir un hilo de saliva por la comisura de los labios. La saliva es espumosa. Tiene frío y hambre, está viva y triste.

El médico se encuentra en cama. Se contagió de malaria. Lee tumbado la historia en que San Antonio de Padua revela la inexistencia del corazón dentro del pecho de un hombre avaro. Entorna los ojos e imagina aquel pecho sin el órgano. Parte de su persona desea hacerse de ese vacío, la falta que lo desvíe de las obsesiones que lo aquejan.

Pasó días desagradables, inclinado hacia su oscuridad a causa de la fiebre. Creyó ver, con el ojo derecho, cosas distintas que con el izquierdo. El día anterior, su mujer entró por la puerta de la habitación vestida de rojo, con el ojo derecho, y de azul, con el

izquierdo. Si él se levantara de la cama en este trance, se iría de bruces. Por eso acepta su situación de reposo. William no es un hombre detenido, tampoco alimenta en su corazón la quietud. Está tan convencido de realizar vivisecciones como de saber que la calma no es la condición propicia para vivir. Él se mueve, se estremece y alienta los sacudimientos de su carne y su pensamiento.

La enfermedad le otorga la visión del santo. Como si estuviera en aquel lugar, en el sitio de los hechos, el médico se apropia del cuerpo de San Antonio e introduce la mano diestra dentro del pecho del avaro. Tienta la carne interior para buscar el corazón y no halla nada. El santo que se inclina, en verdad, sobre el cuerpo del avaro, lo mira para decirle que aquel órgano se encuentra en el sitio donde yacen los tesoros del hombre. Así, el corazón está con la riqueza material del avaro. No dentro de él, sino fuera de él. William mira al santo. Casi nadie podría creer semejante afirmación.

Se lleva el dorso de la mano a la frente y enjuga su sudor. La mujer no vino a verlo esta mañana, apenas amaneció. Las telas de la cama están empapadas. Siente hambre, sueño y sed. Piensa que puede morir. Regresa a sus pensamientos y de súbito descubre el corazón húmedo del hombre avaro sobre su mesa de descanso. Allí, a un costado de él, late porque se encuentra todavía vivo. Busca a San Antonio alrededor suyo, pero no se ve ya en aquel espacio; William se ha transportado de vuelta a este, el de su alcoba. Con los ojos bien abiertos ahora, el médico lleva la mano al libro que leía sobre la cama. Ya no sabe si aquello fue leído o experimentado, no sabe si la lectura es un remedo de hilos que rompen el tiempo y el espacio o si se ve alucinado por la fiebre.

La mujer entra a la habitación vestida de amarillo y camina hacia la ventana para recorrer las cortinas pesadas. La luz entra y se detiene en la frente del médico, como las lámparas dirigidas durante una representación teatral. William da los buenos días a su mujer y esboza una mueca. No quiere sonreír porque se ve amenazado por la muerte, pero el gesto de sus labios parece indicar que desea transmitir brillos de paz, de comunión con ella. Se ha hecho demasiado tarde para reponerse, pero William resiste.

La mujer dice que traerá el desayuno, que debe comer algo para aliviarse pronto. Da media vuelta y sale de la habitación. El médico mira por la ventana la copa de un árbol sin hojas. En una rama, un pájaro. El jardín lo llama, lo atraen de vuelta los corrales, los animales que juegan su ciclo. Cuando la mujer entra de regreso, lleva entre las manos una bandeja. La coloca en la mesa de descanso en donde el médico ha puesto el libro que leía. Ella toma un plato de porcelana rosada. Ha partido una manzana para dársela. Le coloca el trozo de la fruta entre los labios y le pide que muerda. William le hace caso. La manzana le parece fría y le sabe a tierra, pero no deja de masticar para volver a morder el pedazo.

A la par de su cama, sin poder ser visto por nadie más, excepto por el propio William, San Antonio de Padua permanece de pie, como una estatua viva que vigila su reposo. Él guarda silencio. No le confesará a su mujer lo que está ocurriendo. No lo dirá. De pronto, San Antonio toma de la mesa de descanso el corazón del hombre avaro y lo pone en el pecho de William. La sangre mancha su ropa, se trata de un mensaje venido de lejos. El médico escupe la manzana, tose, se está ahogando. La mujer le da pequeños golpes en el centro de la espalda. Un santo acaba de darle un nuevo corazón a William.

La mujer recoge el trozo de manzana que devolvió. Lo coloca de vuelta en el plato de porcelana y continúa con las mismas sentencias. Pide que se alimente para curarse. La luz ha recorrido el cuarto y ahora alumbra la parte alta de la cabecera de la cama. La madera labrada descubre sus figuras: hay dos ángeles que resguardan el sueño.

El médico oculta la nariz dentro de las cobijas porque el olor que despide su mujer ahora, cuando no se ha hecho los aseos, le disgusta, le da asco. Ella no se da cuenta del rechazo. En cambio, mira hacia la ventana y pierde los ojos en las ramas del árbol. Las cuenta, las mide, reflexiona acerca de su crecimiento. Lleva las manos al regazo y espera a que William trague el último bocado.

Cuando la mujer deja de estar sentada en la cama y se dispone a llevar el plato hacia la bandeja, detiene su mirada en una de las

libretas del médico. Luego, en las hojas sueltas donde ha hecho anotaciones antes de la enfermedad.

Harvey piensa que el mosquito que lo contagió es diminuto y algo en ese pensamiento recuperado le hace reír. Suelta una carcajada débil que la mujer escucha. Por eso ella se va satisfecha a la cocina después de haberlo alimentado. Suenan las campanas de la iglesia y debe irse. William mira su cuerpo envuelto en amarillo y sabe, de nueva cuenta, que su vida continuará sobre la Tierra. Incluso sabe que irá más allá del tiempo que su mente enfebrecida pueda imaginar. Sin pensarlo, William coge el corazón del avaro, lo retira de su pecho y lo levanta frente a sus ojos. Luego, con un gesto inesperado que ni él mismo puede prevenir, se lo acerca a la boca y lo muerde; se hace así de los latidos de un corazón ajeno, otra vez.

A SEIS DÍAS DEL REGRESO

Las estrellas que vemos no están allí hace millones de años. Pensaba en esto hoy, cuando Ryu me propuso hacer los informes. Nuestros conocimientos traicionan lo que hemos sido. Pretendimos hacernos pasar por los hombres que contrataron ellos; sabemos que somos distintos.

¿Puede un impostor suspenderse en el aire? La respuesta es afirmativa. Lo he hecho. Y miento cada vez que puedo. No creo en los objetivos de las averiguaciones que nos fueron consignadas y realizo mis labores como el preso que no escapa, a pesar de encontrarse sin ver su entorno.

Hace millones de años que las estrellas que vemos dejaron de existir, murieron. Nuestra existencia ha sido vendida, hemos muerto.
Cuando despierta, el hombre se ha ido. Ella dibujará con ansia la imagen que tiene en el pensamiento. Por eso ni siquiera se alimenta. Deshace las frutas negras y camina hacia la parte más oscura de la caverna. Hay una saliente triangular en el techo. Quiere alcanzarla para dibujar sobre ella. Sin embargo, su cuerpo es corto, y se devuelve a buscar una piedra grande y a ponerse en puntas. Con gran esfuerzo, rueda la piedra hacia el fondo. La tarea le toma tiempo, el sudor le escurre por la espalda. Dispone la piedra grande debajo de la saliente. Se trepa y hace equilibrios. Con los pies ajados por las caminatas, esos pies que parecen las garras de un animal, clava las uñas en la piedra y se alza. La mano húmeda con la pulpa negra va hacia la saliente. Entonces lo hace: el dedo índice comienza el baile, la mano va y pone dos líneas e ilustra la parte superior de aquel cuerpo conocido: es un ciervo. Pero cuando el dedo medio (agotada ya la pulpa embarrada en el dedo índice), cuando el dedo medio baja para continuar el contorno de aquel cuerpo, se revela lo insólito. La parte inferior es un cuerpo femenino. En ningún momento cambia la mirada para corroborar las cualidades de su cuerpo, sabe cómo es. Así realiza el retrato de la criatura. Baja de la

piedra con un brinco. Le arden un poco las rodillas. Ha concluido la primera tarea de ese día especial; el día que se marcará como la pulpa negra sobre la piedra saliente para permanecer miles de años en aquel lugar exacto.

El explorador adelanta la nariz, como si eso fuera posible, al cuerpo. Lo que procura es oler las corrientes de aire que la montaña guarda, así adivinará las cavernas. Él es de estatura mediana para su época y su lugar de origen; no se distingue entre la multitud por ninguna característica especial, salvo la siguiente: al lado del ombligo tiene una mancha con la forma de un conejo. Podría verse en ella la figura de otro animal, pero no se trata de eso, ya que el conejo es semejante al que puede observarse en la superficie de la Luna desde la Tierra.

Ha visto el acantilado durante la mañana. Anda solo. Decidió no avisar a sus compañeros de expedición. Es un secreto que será descubierto más adelante. Va sobre la ladera de la montaña y mira ahora el espacio llano que se extiende al frente suyo. Uno de sus compañeros de búsqueda afirma que, en ese lugar, hace miles de años había una laguna. Por la amplitud que él observa, consigue imaginar el paisaje que, a pesar del tiempo, no ha dejado de ser bello. Solo que ahora se ve afeado por el contorno de la hidroeléctrica que se encuentra un poco más allá, hacia el horizonte. Los reactores se erigen sobre la verdura del suelo como una predicción, el futuro será así: la naturaleza subyugada quizá ya lo esté, en el momento que el explorador da un paso y truena con su pisada el cuerpo desprovisto de vida de una rama seca.

La saliente en que ella ha dibujado se llamará, mucho tiempo después, estalactita. A diferencia de las salientes formadas en el suelo a las que se llamará estalagmitas. A ella no le interesó ilustrar las salientes del suelo.

Cerca de la estalactita en la que ella ilustró a la criatura doble, a la mujer ciervo o al ciervo hembra, se encontrará el cráneo de un oso cavernario que, con probabilidad, pudo haber atacado una tarde a la mujer y al hombre para darles muerte, pero ¿en dónde quedaron sus huesos? Nadie los ha encontrado aún aquí. Ni los de su descendencia.

Lunes 3 de febrero

Aguzo el oído para escuchar el estado de la nave. En los días recientes, mi preocupación ha ido en aumento. No conseguía medir, al principio del viaje, de qué manera mi ánimo dependería del comportamiento de las máquinas y sus manifestaciones. La Tierra muestra ahora su continente más extenso. Miro con atención y consigo una visión que me produce miedo. Como si mis ojos fueran telescópicos, me acerco a la copa de los árboles de un bosque, primero, y luego desciendo. Cuando mi vista choca en contra del suelo reverdecido por la lluvia, veo el emblema de nuestra misión marcado en el suelo. Un sello. Miro hacia la izquierda y encuentro a un venado con la vista perdida entre las sombras y los halos de luz que forman las ramas de los árboles. No tengo cuerpo, soy solamente mis ojos. El emblema de la misión se grabó mucho tiempo atrás, miles de años antes. Ryu me llama. Pierdo las imágenes de súbito y lo volteo a ver como si yo mismo fuera el venado que encontré.

El médico caminó por calles pestilentes antes de llegar a la universidad. Andaba a prisa porque la vivisección iniciaría a las ocho de la mañana en el anfiteatro. Cuando entra, con la nariz y las orejas enrojecidas por el frío, ya repuesto e inquieto, como suele ser, observa el anfiteatro repleto. Hasta las once de la mañana, lo que William hará será un espectáculo.

Desde lo alto del techo, penden candelabros. Hay ocho estudiantes que sostienen antorchas.

La vivisección se lleva a cabo. En este caso, no se puede mencionar de qué animal se trata. En la tribuna hay bullicio. Varios asistentes sienten náusea y vértigo. El sonido de los laúdes cubre las quejas de quienes cuentan con un umbral del horror menos capaz. Los oídos de William se endulzan, como si en él existiera la bondad. Hoy se analiza, ante la mirada y el olfato de los asistentes, el sistema de la vista.

El médico se halla distraído, sin embargo. La noche anterior, se desveló en el jardín viendo el cielo estrellado. Sus inclinaciones son extrañas: piensa que en el firmamento ocurren asuntos humanos que no consigue descifrar, pero los intuye. Imagina, loco como es, que alrededor de la Tierra hay hombres distintos, que habitan allí y observan al planeta y ante sus ojos es pequeño, como una esfera para jugar balón pie. William ensueña que se encuentra con ellos, algún día, alguna vez.

Su pensamiento lo hace creer que está diseccionando a una oveja, pero cuando va a proceder con nuevos cortes, observa que su imaginación lo ha traicionado. No se trata de una oveja.

En la tribuna comienzan los gritos tras la última acción que llevó a cabo. Frente a los ojos húmedos de los asistentes, el médico ha mostrado un globo ocular del que se desprenden, como raíces, las venas y los nervios. Podría pasar por una cebolla de Cambray, si así consiguiera identificarse, aunque lo cierto es que también se asemeja a una papa arrancada de la tierra. Harvey lo sostiene sobre su cabeza, pretende que aquel ojo sea, en ese instante, una estrella fugaz sobre el firmamento. Acude a él la iluminación del consciente, porque sabe que, muchos años después, lo que afirma ante el público será tomado por verdad. El médico es engreído y piensa que no se equivoca o, si acaso, que sus errores son mínimos y se le pueden perdonar, pues lleva en el pecho un corazón cuyos impulsos también conforman un circuito de sangre que fluye sin detenerse.

La disección que precedió a la que ocurre ahora fue enriquecida con el cuerpo de un ahorcado. Llegó a las puertas de la universidad arrastrado por la cola de un caballo. El médico tuvo que conformarse: estaba amoratado por los golpes del trayecto y el gesto del hombre era espantoso. A pesar de que esté descomponiéndose, un cadáver guarda gestos vivos. William tenía preocupaciones secretas al respecto. No las reveló jamás. Parte de esas cavilaciones consistía en aseverar, en la soledad de su casa o con la compañía de su mujer, que las acciones viles cambiaban la forma del corazón. Las variaciones eran mínimas, podía hallarse, por ejemplo, una cicatriz de origen incierto en la base del corazón del ahorcado, y la cicatriz contaba con la forma de la soga suspendida

en el aire, como extensión de un patíbulo que se trasminaba al cuerpo.

El médico pensaba, a menudo, en Su Majestad. Había examinado las medicinas que recibía y acusado a los boticarios que falseaban las recetas. El polvo de Gazcuña no llevaba perlas ni ojos de cangrejo, como debía ser, y William ponía en evidencia las trampas. El cuerpo de Su Majestad era una preocupación sostenida en la mente de William y afirmaba sin temor que debía su profesión y la gloria de su existencia a la mirada y el alma bien habida del rey.

En esto pensaba el médico mientras terminaba la vivisección. Cuando se detuvo, era más tarde de lo habitual.

Regresó a casa bajo el sol vespertino. Se preguntaba de qué se tratarían los días siguientes. La vida no solo debía ser la prolongación de sus conocimientos; William buscaba otros impulsos. Los pobres atendidos por monjas en el hospital principal le hacían reflexionar acerca de la bondad de la que carecía. Inclinado a sus ambiciones, y capaz de arrancar un corazón palpitante del pecho de una criatura o de morderlo, no era apto para albergar la misericordia como tenía que haberlo hecho. Quizá estaba harto de ver sangre; sus ojos pasaban demasiadas veces sobre cuerpos muertos o con hemorragias, eran ojos que perdían las profundidades de los buenos sentimientos. Aunque lo anterior puede ser puesto en duda. Por ejemplo, cuando se realizaba una sangría a un cuerpo, el escape de la sangre conducía a su desvanecimiento, lo dejaba sin color, empalidecido. Esto respondía a procurar la salvación del enfermo y eso era bueno. Lo desangraba, sí.

Harvey recuerda, en medio del agotamiento, el día que llevó a cabo la autopsia de su padre: halló un colon demasiado largo y habló de él en las clases que daba en el anfiteatro.

Lo primero que debe diseccionarse es el abdomen y por último el cerebro. El abdomen se pudre antes, así que Harvey descubrió el largo colon de su padre. Después revisó el cerebro, pero no externó las impresiones que le produjo verlo.

William sostenía lancetas, escalpelos, ganchos, trépanos y dilatadores. Los nombres de los instrumentos son un conjuro, de la misma manera que la forma de una nuez se parece a la del cerebro humano.

Harvey se retira el bonete. También lleva un delantal blanco, ahora manchado con la sangre de la criatura que no se puede nombrar. En la mano derecha sostiene la vara de hueso de ballena con la que ha señalado, a lo largo de la lección, las partes del cuerpo diseccionado. El corazón de William late con fuerza y él lo siente. Se encuentra orgulloso de sí mismo. Sabe que siente amor hacia su mujer porque ella anida en su corazón. Y el calor es pasión, la sangre calienta el amor, el amor hace que la sangre permanezca circulando por el cuerpo.

Ryu se mete en el saco antes que tú. Tiene el sueño ligero y te espía mientras duermes, es sigiloso. Aprieta los puños porque guarda tensión. Lo comprendes. La noche previa despertó debido a su propio grito. En la pesadilla, según te dijo después, figuraba el cuerpo de su hija pequeña marcado por mordidas. Lamentaste escucharlo.

Tú también soñaste. Estabas inmerso en el agua de una laguna. Al frente tuyo se alzaba la montaña que propiciaba, tal vez, que el agua estuviera fría. La sombra de su pico cubría la superficie. Parecía que el Sol no iluminaba del mismo modo que el conocido por ti en la Tierra. Eras el mismo, inmerso en aquel tiempo distinto. Lo sabías de cierto. La mañana era espléndida y te hallabas sujeto a tus sentidos. Tu olfato era poderoso. Eras capaz de saber, por ejemplo, que más allá de la montaña había una gran higuera con frutos maduros, también que la entrada a la caverna que podías observar desde el agua estaba húmeda por la lluvia reciente.

Era un sueño anterior en el tiempo. El único ser vivo que veías era un águila que sobrevolaba el agua. Una de mayor tamaño que las conocidas. Estabas desnudo y sentías las piedras del fondo en las plantas de los pies. No te herían, no te molestaban. Te sumergías en el agua durante algunos segundos y volvías a la superficie para

respirar con bocanadas medianas. Nadabas, volvías a sumergirte. Allí estribaba tu ocupación, con la certeza de carecer de obligaciones o tareas. Eras en el agua. Tus brazos extendiéndose como aletas alrededor. No tenías más pelo sobre el cuerpo que cuando estabas despierto. Eras tú mismo. El sueño se complicó con la aparición de otro semejante a ti. Mientras te sumergías de nuevo, viste un contorno a lo lejos, apenas a unos cinco tiros de piedra de allí; el hombre, con la espalda cubierta por lo que parecía ser la piel de un animal que le llegaba a las rodillas, se aproximaba por el costado derecho, al borde del agua. Llevaba sobre los hombros la caza. Te resultaba difícil distinguir cuál era la presa porque no conseguías, desde tu sitio, elaborar con la vista el contorno de la carne muerta que cargaba. Te inquietaste. Dentro del sueño sabías que estabas cobrando lugares que no te pertenecían. Tuviste miedo de que el hombre te descubriera, por eso permaneciste con la cabeza hundida, y apenas los ojos de fuera, como los habitantes del agua, y observaste su acercamiento. No caminaba como si tuviera sobre sí mismo varios kilogramos. Aquel hombre casi flotaba sobre el suelo. Estaba ya cerca, entonces te sumergiste y procuraste resistir la respiración el mayor tiempo que eras capaz. Aquel hombre pasó con los pies gruesos sobre la orilla frente a ti y se detuvo en seco. Pensaste que te había descubierto, que estaba en riesgo tu integridad, pero el hombre solo se detuvo para acomodarse la presa sobre los hombros. Luego, comprendiste que lo hizo para trepar la ladera de la montaña e internarse en una caverna. Pero en ese instante ignorabas las intenciones de él y temiste. Cuando ya se alejaba y no eras capaz de sostenerte más bajo el agua, saliste casi perdiendo la respiración. La alarma de la mañana sonó en la nave en aquel instante. Tal vez haya sido antes o después, te pareció que interrumpía tu sueño.

Para aliviarle la angustia a Ryu, le contaste tu sueño más tarde. No había conseguido animarse a lo largo del día y creíste que le darías tranquilidad. Ryu te refirió datos insólitos acerca de los cazadores. Se reía a carcajadas, había burla en el alma de Ryu

acerca de aquellos antepasados. No quisiste refutarle su arrogancia. Mucho menos, ahondar en cualquiera de los oscuros pensamientos sobre la ruina que los constituía. Luego continuaron por el camino circular en que permanecían. De tu hijo no tuviste noticias hasta llegada la noche.

La mujer ha salido de la caverna, anda distraída. Transita con facilidad por allí y por allá. Solo hace eso. De vez en cuando otea los árboles frutales con los que topa y coge una fruta u otra. No tiene prisa, no es lenta ni rápida en sus labores. Apenas sabe que el tiempo pasa. Se entretiene mirando un ciempiés de buen tamaño sobre el suelo. El bicho se le sube a los dedos del pie izquierdo y le hace un cosquilleo. Ella frunce el ceño coronado por los huesos prominentes de su cráneo. Sabe que es la hora en que los insectos, tras la lluvia, salen de la tierra. Sin adivinar a qué obedece, la mujer se inclina y se acuclilla. Observa con curiosidad lo que se muestra ante sus ojos. Son varios insectos ocupados moviéndose a la vez. Toma el escarabajo más brillante y lo engulle, tritura el cuerpo crujiente y se felicita por su sabor con un gemido. Se deja caer y pone las nalgas sobre la tierra. A lo lejos va un mamut con su cría. La mujer en este instante no piensa exactamente en nada. Tiene algo de sueño y resiste porque teme, tal vez, correr algún peligro al quedarse dormida.

Pasa por debajo de la palma de su mano un insecto mayor que el escarabajo, con las alas tornasol, lo pesca y se lo lleva a la boca para realizar el mismo ritual. Son pocas las veces que la mujer ha ingerido insectos, o quizá son más, para ella se trata de una primera vez, una vuelta al principio. Se tira sobre el suelo y contempla las nubes. Es temprano para comprender cualquier avance sobre lo que ocurrirá, por la noche, en el cielo. Su hombre, ¿estará a salvo? En eso sí piensa la mujer, temerosa de quedar sola en la caverna. Podría aseverarse que ella le ha tomado cariño al hombre. No importa que estén juntos desde la luna más reciente. Eso la mujer ni siquiera lo distingue. Las lunas redondas son hermosas porque iluminan el lago.

Sin embargo, la mujer hace algo extraño: coloca las manos una junto a la otra, encima de su cabeza, con los brazos estirados, y se

observa los dedos pulgares. Los mueve, junta el pulgar con el índice, arruga los ojos, frunce el ceño de nuevo.

Cuando ha pasado el tiempo para que ella se asuma una criatura con manos y pulgares, se pone de pie con la joroba exacta para andar de regreso a la caverna, o para buscar más frutos en las copas de los árboles que, dada su estatura chata, sea capaz de alcanzar. Los árboles en este mundo son más bajos en general y más altos en lo particular.

La última ocasión en que la mujer recolectó frutos, tuvo a bien hallarse bajo el follaje de un nogal. Estiró la mano para hacerse de la esfera verde y arrancó su carne con las uñas. Dio entonces con la semilla y se fascinó, sin saber por qué, ante su forma: le parecía que las arrugas de la corteza eran figuras. No lo entendió. Y para seguir, ya que ella procuraba siempre llegar al centro o internarse en lo profundo, colocó la semilla sobre una roca y le asestó otra encima con la idea de revelar lo que allí se escondía. Menos comprendió encontrar esas dos piezas divididas e idénticas. Creyó que sus ojos estaban siendo imprecisos: la corteza arrugada y oval tenía dentro dos piezas. Para comprobar el hecho, se llevó a la boca ese secreto interno y masticó. Entonces, sin prevenirlo, experimentó un pálpito, los latidos de su corazón perdían el compás habitual, ella estaba alimentándose por primera ocasión con una nuez.

Las raíces eran su alimento preferido. Arrancaba los arbustos tiernos y se llevaba a la boca las ramificaciones con tierra húmeda. El hombre, en cambio, cuando demoraba en volver, se detenía en los agujeros a la orilla de la laguna para extraer cangrejos: el procedimiento no era simple porque los animales se escondían al sentir la vibración de sus pasos.

Antes de la lluvia, el hombre había andado bajo el sol tres días. Al final del recorrido, guiado por el viento húmedo y extraño, sus pies alcanzaron la costa. Encima de la arena, el hombre vio los cuerpos de pescados muertos y la suma de conchas de color ocre que iban adornando el horizonte. Se alegró. Ni él ni ella habían probado nunca comer aquellas criaturas, pero se acercó a la nariz el cuerpo

plateado de un pez y supo que sería bueno hacerse de su carne. Llevó consigo algunos caracoles y, tras el arduo camino de vuelta, soltó aquellos víveres sobre el suelo de la caverna. La mujer tomó un caracol y lo observó durante un rato. Luego pasó el dedo índice siguiendo la espiral desde su centro y le brillaron las pupilas como si supiera qué significaba una línea que gira en torno a sí misma.

El hombre hizo, luego de la ingestión, con la espina de una planta y ayudado por la punta del cuchillo de piedra, un orificio que atravesaba la concha del caracol. Insertó el caracol a una tira de cuero delgada, la anudó en partes y se la dio a la mujer. Ella, sin saber por qué, decidió meter la cabeza dentro de la tira y dejar que el caracol cayera sobre su pecho sucio.

Ha transcurrido demasiado tiempo desde entonces, ahora mismo el hombre recoge la piel que lo cubre cada día, tras bañarse en el lago. El sol colorea de amarillo la tierra.

William está animado por el alcohol. En la taberna varios experimentan los calores con brebajes que recomponen, y los hacen atrevidos o feroces. A Harvey le gusta perder el equilibrio del cuerpo y embriagarse. Las jornadas extenuantes en anfiteatros, o casas, o con los ojos puestos en las pústulas de enfermos, otorgan a sus nudos emocionales el cansancio propio de aquellos que suelen ver en exceso. Las noches caen, como suele suponerse, y el alcohol, a veces más otras menos, le da la paz de un sepulcro en vida.

La conversación entre Harvey y el escultor es ardiente. William se inclina sobre la mesa para escuchar, aún más de cerca, la voz del hombre que acababa de terminar su obra maestra: una Venus anatómica. Ambos conocen los caminos estrechos entre las vísceras. La nariz del escultor es chata, la de Harvey desafía la rectitud, arqueada hacia el mundo. La Venus llevaba entre los ojos la nariz de la mujer muerta, a partir de ella el escultor había creado su obra. Es cierto que estuvo en el preciso instante del deceso, con la nariz chata hacia el frente, pretenciosa, para no perderse ni un detalle del abandono de aquella alma. Esto le contaba a William, mientras apuraba la bebida, desesperado, porque recordar la muerte de la mujer le producía nerviosismo. También el escultor conocía su

finitud: ocurriría treinta y dos años después, tras la infección de sus intestinos.

William le dijo:

–Si yo hubiera sido escultor, sentiría deseo por el cuerpo modelo.

–Atinas, William. Ve que mi rostro se ruboriza ahora. Es la verdad.

Harvey apañó la botella y rellenó las copas verdes.

Sobre el cuerpo muerto de la mujer, aún tibio, el escultor en cera vació la sustancia. Harvey contribuyó a que la réplica del cuerpo sucediera con éxito. Se trataba de un acto mimético. La consecuencia, que podía dejar sin aliento al espectador, era sobrecogedora: la Venus de cuerpo exacto sustituía al cuerpo verdadero, engañaba a la vista, cautivaba y provocaba deseo. Parecía respirar, casi podía percibirse su pulso; descansaba sobre el lecho dormida, amenazaba, al ser tan verídica, con moverse de manera repentina. La muerte le había llegado justo antes del parto. Por eso su reproducción mimética la mostraba lánguida, sobre una silla, con la cabeza inclinada hacia atrás, los brazos desguanzados, los pies apenas apoyados (se estaba yendo) y el enorme vientre de frente, con la explosión por suceder. La reproducción arrastró todo consigo: de la nariz triangular y la boca entreabierta hasta el núcleo de su vientre, con el casi nacido enroscado. El cabello de la mujer caía hacia atrás, podría implicar la potencia de vivir: la cabellera suelta, contraria a los pies flotantes sobre el taburete del sillón. William no había pasado por alto que el desfallecimiento de la mujer había incluido dolores indecibles. El escultor tampoco, pero no conversaron jamás acerca de esto. Sí se afanaron para que la copia de la muerta mostrara, con crueldad, el último retorcimiento de su cuerpo. La suma perfecta del horror y el abandono fueron fijados en su carne y en la cera que la reprodujo.

William y el escultor estrechan las manos al salir de la taberna. La calle es la boca de un animal, apenas se forman las sombras de ellos dos sobre las baldosas del suelo y son tenues. A algunos pasos de distancia ilumina una antorcha que corona la esquina del convento.

El médico parte a casa satisfecho. Se tambalea por la calle. La acidez del alcohol le cobra sensaciones en el esófago. De un tiempo a la fecha, tras las horas de bebida generosa, William ha pensado con solemnidad en abandonar las copas, pero cada mañana, a pesar de su deseo, se aviva el sinsentido: el corazón que busca no le sirve para disolver sus dudas. La profesión no le basta, tampoco la fidelidad de los alumnos.

Recibes el video de tu hijo. Observas los huesos de su cuerpo más largos, la quijada saliente y distinta a la que recordabas.

Has sido persistente con los cálculos. Las fórmulas dictan números imprevistos. No imaginaste que los resultados fueran distintos. Por eso, tu voluntad de morir se afianza. Quieres ser preciso y revelar los brotes de tus indagaciones, pero aún no es tiempo para eso. Lo que podrías escribir sería leído por Ryu a la menor oportunidad, y él no sería capaz de eludirlo, de mentir una vez que lo escribieras. Decides conservar tus hallazgos en la mente.

Tras el sueño que tuviste, donde observabas al hombre cazador desde tu lugar en el agua, has experimentado dolor en el pecho y el brazo izquierdo. Lo reportaste a Tierra y te pidieron algunas pruebas de presión arterial y saliva. Tomaste los medicamentos de modo riguroso, movido por quién sabe qué fuerza. Has creído que tu cuerpo morirá sin que necesites atacarlo. Ese pensamiento te alivia. Atribuyes estas dolencias a alguna falla circulatoria, al rechazo que tu organismo ha experimentado hacia sus tareas. Es probable que tu corazón esté por desistir.

Ryu ha colgado la fotografía de la caminata espacial en la sala de mandos. Están siendo repetitivos. Hubieras preferido que se ocupara en imprimir alguna imagen de las playas terrestres, o de las cataratas a donde siempre has querido viajar. Deseas sumergirte en el agua, quizá por eso lo soñaste.

Desprovisto de hambre, te colocas frente a la mesa de los refrigerios. Sobre ella se sostienen los platos con los alimentos y los recipientes con el néctar de una fruta rosada. Les han enviado frutas de temporada desde Tierra y Ryu se esmeró en hacer una ensalada.

En el postre, las moras saben distintas, tu lengua se ocupa en olvidar el gusto a polvo. El plátano tiene sabor a plástico quemado. Ryu lo niega, alza un brazo en el aire y se señala la cabeza para apuntar que quizá has perdido el juicio. No entiendes si bromea o si se da cuenta, por su impertinente manera de espiar, de que estás separándote de la realidad.

La conjetura secreta que no puedes escribir se relaciona con la realidad. Temes por ti mismo y por esa verdad.

Ryu ha adelgazado. Aunque la cara se le hinchó más en los últimos días. Parece un pez globo al que solo le faltan espinas. Quizá se transforme. Sus manos se alzan sobre los controles como dos cuervos. Como tú, conoce el botón de abandono que los llevaría a desaparecer. El porvenir es frágil. Él no cesa de estudiar el comportamiento de sus propios ojos. Se encuentra extasiado con las observaciones obtenidas; es meticuloso y cada semana envía a Tierra los resultados de las variaciones mínimas que descubre en su vista.

Vieron por la ventanilla el cuerpo de un satélite muerto. La noche anterior, el Sol mostró su cara futura y fueron testigos de la extinción parcial de luz en su superficie, su forma se parecía a la enorme mancha en forma de conejo que tiene tu hijo al lado del ombligo. Pensaste que era el aviso de una coincidencia imprevisible o una fatalidad. Le dijiste a Ryu que podrían ser los primeros testigos de una catástrofe absoluta, pero él ha decidido dejar de lado tus palabras. No se extraña ante ellas, se burla en cambio.

Sus manos de cuervo te dan miedo y te producen repulsión. Quisieras cortárselas y analizar sus tejidos bajo el microscopio.

La caverna está iluminada con luz ambarina. La tarde, que podría llamarse de verano, ha hecho que el hombre y la mujer descansen por el calor. El Sol ha iniciado su caída en el horizonte, detrás de la montaña. La mujer, con el rabillo del ojo, observa desde su lecho la estalactita que pintó. Luego, despacio, mira al hombre que tiene los ojos entrecerrados y la vista sumida en el techo ondulante. El pecho del hombre, cubierto por un pelambre espeso, sube y baja y por sus narinas expele el aire que acaba de inhalar. La mujer se pregunta a qué se debe ese movimiento y lo observa en ella misma por un

instante. Ve cómo su pecho se infla y se contrae luego, recuerda entonces haber visto un animal dormido en la pradera aledaña a la laguna que mostraba el mismo movimiento. Entonces, ella sube el labio superior y enseña los dientes en un gesto de satisfacción propiciado para sí misma. La dentadura de la mujer tiene caninos pequeños y poco afilados. La del hombre es semejante, aunque sus molares son tres veces más grandes que los de ella.

Cuando el Sol ha descendido hacia la cumbre de la montaña, la mujer siente el calor de los rayos envolviéndola. Ha estado sumergida en sus reflexiones y, de pronto, lleva la mano derecha a su seno izquierdo para explorar el asunto que la inquieta. Debajo de la carne hay una vibración. La mujer extiende la palma y presiona un poco. En ese instante mínimo descubre con gran asombro que la vibración aparece y desaparece, luego regresa. Abre los ojos grandes y mira al hombre a la par ¿Qué ha descubierto en su propio cuerpo? Aproxima su cabeza al pecho de él con sagacidad y pega su oreja carnosa: dentro del hombre ocurre algo parecido. No se ha quitado la mano del seno, y ahora percibe las vibraciones de él. Vienen y van, una vez y otra, a la par de la hinchazón de los cuerpos que toman y sueltan el aire.

Ahora sabe de sí y de él. Recuerda el cuerpo del ciervo y la piedra que halló dentro. Piensa que ellos tienen piedras semejantes. Imagina que la suya es menor a la del hombre porque su cuerpo también lo es.

La mujer, con ira y satisfacción, elucubra que puede hacerse de la piedra que él tiene dentro del pecho. Entonces, se le va encima, recula para tomar fuerza, él grita. Empieza a golpear al hombre, toma un palo del suelo y se lo estampa en la cabeza, que emana el mismo líquido rojo que ha visto en los animales. Y ella está ahora convencida: si consigue dejar al hombre tirado sobre el suelo, es probable que pueda atravesar su pecho con el cuchillo y extraer la piedra para ella, para conservarla y mirarla. La del ciervo es verdosa, ella la escondió en un agujero al final de la cueva. El hombre intenta

quitarla de encima suyo, resopla, y la lanza lejos con fuerza para llevarse la mano a la herida que tiene en la frente.

Ella cae sobre el costado. No entiende lo que ha sucedido. El hombre sale de la caverna, de manera veloz, y ella lo ve irse. Quizá no vuelva más con ningún animal, piensa. Se pasa la mano por las costillas y la lleva ante sus ojos para comprobar que, de igual modo, segrega el líquido rojo que vio en la frente del hombre.

La mujer va a buscarlo, pero antes se aproxima a la orilla del lago para limpiarse la sangre. Mira su reflejo sobre la superficie del agua quieta. Observa sus ojos hundidos, la expresión que hay en ellos. Le duele la herida y en el vientre siente dolor. Piensa en los animales espantados que huyen del hombre, que deben huir siempre que él los persigue o los acecha. Reelabora lo sucedido. No tiene claridad respecto al instante en que tomó el palo para chocarlo con fuerza contra su cabeza.

Allí, mientras vuelve a mirar el reflejo de su rostro y posa la mano de vuelta al pecho para recuperar la sensación que su cuerpo le ha dado, a través del pálpito de su corazón, perdida en quién sabe qué afán nuevo, la mujer alza la vista y observa que el Sol se ha ido. Escucha a lo lejos el ruido de los pasos del hombre, arruga la nariz y comprueba la proximidad de su olor; vuelve a mirarse sobre la superficie del agua y su vista se detiene en la luz blanca sobre su cabeza, la Luna está redonda.

Frente al médico, en el anfiteatro de forma circular, yace el cuerpo de un hombre de mediana edad. Está vivo y se le ha perseguido por ladrón. Aceptó participar en los experimentos a cambio de una suma de dinero. Harvey le hace una incisión en el pecho para observar sus pulmones. Mientras, narra a los asistentes que estos globos fundamentales para vivir se hinchan y deshinchan con el aire. Preso del deseo, introduce tres dedos por el orificio: el pulgar, el índice y el dedo medio; los lleva al fondo para sentir el vaivén del corazón. El hombre ha entornado los ojos, pero a William no le preocupa. En las yemas de sus dedos experimenta la belleza de la vida y se congratula por ello. El corazón del ladrón se contrae y dilata como el de otros hombres y animales. De pronto, al fijar la vista en el órgano pulsante, el médico inclina la cabeza con incredulidad: aparejado a

la carne rosada y húmeda hay un gusano negro. Con la pinza de los dedos, Harvey aprisiona el pequeño cuerpo. No entiende lo que ve, se pregunta acerca de la veracidad de aquel bicho. Oculta su inquietud en la garganta, se le forma un nudo en la base del cuello, la voz se atrapa dentro. No hablará. Hay algunos testigos que se percataron del suceso. El movimiento de incredulidad de la barbilla de Harvey los hizo aguzar la vista sobre sus gestos: lo examinan también, aunque con disimulo. El médico procura despegar del corazón el cuerpo mojado del gusano y con un tirón leve, suave como la carne del órgano, se da cuenta: es un coágulo de sangre ennegrecida. No hay sospecha que valga. Da un paso hacia atrás para distanciarse y suspira en silencio. Los testigos también inhalan aire y sienten alivio. Nada anormal se ha presentado ante los ojos del médico, pueden estar en paz. El espanto se disuelve como el humo al hacerse del aire. La mente de William se disocia. Piensa que el cambio es el primer fundamento natural y no sería posible sin los efectos del alma. Cuando saca sus dedos del orificio, el ladrón exhala con fuerza y emite un gemido. Alguien le dio alguna droga para alimentar su resistencia. Harvey sabe que sus manos olerán a aquellos interiores. Cuando ha examinado vientres, sus dedos guardan el olor de la carroña. Ahora será distinto, porque el corazón y los pulmones son puros, quedará el olor de la sangre solamente.

El ladrón vuelve a respirar con fuerza o insistencia, desde sus ojos escondidos bajo un velo gris procura que Harvey le otorgue su atención, observa su rostro, siente culpa por sus días miserables y haberse corrompido por necesidad; el médico sabe que puede morir de un momento a otro.

Harvey clava la aguja en la piel del pecho para suturarlo. No realizó incisiones en los órganos, y piensa que de esta manera el hombre sobrevivirá. Cuando cierra el pecho, con puntadas torpes, el ladrón respira por última vez. Su cuerpo es llevado a la fosa común, al fondo del terreno que ocupa la iglesia a la par del cementerio.

Aquella noche, William rememora el rostro del ladrón. Sabe que ha sido el peor de ellos, pues ha robado la vida de aquel hombre desesperado. Su mente permite que esta idea crezca, luego la ahoga para no dejarla surgir de nuevo. Cierra los ojos y trae a su pensamiento la imagen que observó antes de traspasar el umbral de su casa. En lo alto del cielo vio una estrella que brillaba demasiado. Pensó que quizá se trataba de alguna que, por la época del año, no estaba visible en días previos. Pero la estrella se veía como si fuera la última vez que estaría en el firmamento. Harvey piensa que el destino del ladrón no es distinto al de ella.

Al amanecer, sabe que el cuerpo imita la armonía que se percibe en los cielos. El día es la vida, la noche la muerte. El Sol es el principio del cosmos; el corazón el fundamento del cuerpo, de su reino mínimo comparado con la inmensidad que se levanta en una noche estrellada. Piensa en los ojos de su esposa que se nublan cada día, cuando llora. Ella es delicada y triste. Es posible que lo haya querido en días anteriores, pero el afecto se ha extinguido y las labores diarias en soledad dentro de la casa oscurecen su ánimo. Entre el corazón palpitante del ladrón, la estrella y los ojos de su esposa se establece una relación estrecha. No habría visto a la estrella sin vaciarse sobre el corazón del hombre, sin introducir sus dedos en la incisión de su pecho, y tampoco habría podido recuperar los ojos de su mujer lamentándose si él no fuera, como es, el médico más reconocido de esa ciudad y de otras ciudades.

Su mujer duerme. Él no descansa, entonces se pone de pie y hace lo que acostumbra cuando el sueño no viene: camina en círculos sobre el tapete púrpura de su estudio para encontrar la calma que se le ha escondido.

Viernes 7 de febrero

Podría decirse que soy un monstruo. Mis piernas se han adelgazado aún más. Mi diafragma se elevó. Mi cara está hinchada. Qué extraño me parece ahora contar con un cuerpo. Lo he vendido a este proyecto. Lo hice porque mi motivación era inmensa. Creía que las labores dentro de la nave, a lo largo de estos meses, darían sentido a mis días. Soy más insignificante que nunca en mi vida. Le pertenezco a los controladores y científicos en Tierra. Mis pensamientos no son míos. En este encierro eterno, he observado sin margen de duda que cada una de mis acciones es vigilada para establecer patrones de comportamiento en el espacio y fuera de él. Las pruebas significan que nuestras vidas serán utilizadas para otros fines.

En la mañana, al tomarte la presión, descubres la anomalía y el principio de un nuevo malestar. Tu corazón muestra contracciones rápidas, como si latiera en exceso. Llevas tu mano izquierda al pecho y, luego, te tomas el pulso. Compruebas la deficiencia cardíaca. No quieres comentarlo con Ryu. Quedas trastornado durante el resto del día.

Lo que ocurrió cuando fuiste a descansar resultó imposible de intuir. Con la aprehensión que te causaron los malos resultados de tu pulso, pensaste que sería bueno concentrarte en soledad para realizar algunas respiraciones. Te ataste al saco de dormir, dejaste que el aire entrara a tu cuerpo, inhalaste con fuerza, pero el aire estaba cargado de un olor imposible: era la amargura y la acidez del azufre. Te alarmaste. En tus narinas se quedó asentada la peste. Luego, te sujetaste con los cinturones. Desde el reposo realizaste de nuevo el ejercicio respiratorio. Vino a tu mente la imagen del mar cercano a casa, del puerto vacío y esta vez conseguiste aspirar la sal de la brisa. No comprendiste a qué se debían estas alucinaciones. No podían ser a causa de tu corazón desacompasado. Decidiste hacer tu registro a pesar del peligro que implicaba: Ryu vendría a

leerlo cuando estuvieras ocupado en la evaluación de los experimentos.

Luego, el sueño llegó, pero temías dormir. Te desnudaste. De inmediato, sentiste horror: la piel de tu pecho mostraba venas que te recorrían de manera espantosa, y a la par de tu tetilla izquierda y hasta el centro, junto al esternón, encontraste la figura de un cangrejo. El trazo era fino y preciso, parecía estar hecho con una tinta apenas un poco más oscura que la de tu piel. Solo pudiste culpar a Ryu de haberse vuelto loco y haberte drogado para intervenir en tu cuerpo. El cangrejo tenía las tenazas abiertas.

La mujer proviene de la llanura que está en el extremo opuesto a la laguna. Allí creció. El rostro de su padre se parecía al de ella. Los pasos que el padre daba sobre el suelo se definían por la marca zigzagueante de su pie quebrado, el derecho. Porque el padre, en sus años de juventud, escaló la montaña de las peñas y, en el afán de trepar, cayó. La piedra que se desprendió junto con él parecía el pedazo de una lápida encima del tobillo. Fue necesario que, a lo largo de horas, cada uno de los miembros de la familia empujara de manera esforzada la piedra, hasta que el pie salió convertido en una masa de carne deforme y amoratada. Fue como si el pie del padre se hubiera girado, la punta de los dedos del contrario miraba de manera normal hacia el frente, pero el pie roto pisaba al revés. Por el tobillo, el hueso se había sellado, contraído y curvado, tras la rotura. A ella a veces le parecía que su padre caminaba en direcciones encontradas con esa deformidad. Era difícil considerar que avanzaba sobre el suelo, dado el desajuste. Cuando ella iba detrás, abría bien los ojos ante sus huellas. Los dedos hacia enfrente de un pie, los dedos hacia atrás del otro. Como si fuera a dibujar algo acerca de estas huellas, sobre la pared de la caverna que habitaría más adelante, la mujer conservaba en su pensamiento la contradicción de aquella imagen.

El padre, a veces, se sentaba sobre la tierra de la caverna familiar, y tomaba su tobillo curvado para sobarse. Soltaba gemidos suaves, de contento y alivio, y con el rabillo del ojo miraba a los demás para cerciorarse de que se dieran cuenta de lo que hacía.

La madre tenía manías semejantes a las suyas. Miraba el Sol como si encontrara en él la respuesta al sentido de cada día. Era inocente, la madre. Cuando iba a defecar, al fondo de la caverna, solía llevar consigo las hojas de la planta amarilla, que eran amplias y se limpiaba. A todos les parecía extraña esa costumbre, pero la dejaban hacer. Días antes de su partida, caminó hacia la laguna para indagar en dónde viviría su hija. Le pareció buena idea que el agua estuviera al pie de la caverna. Pensó que la laguna era un lugar al que iban a abrevar los animales dóciles de la zona. Por eso, la hija estaría protegida. La madre creía que estos animales eran de buen augurio y que, al estar acompañados de ellos, era más difícil desviarse del camino necesario para sobrevivir.

Su hermano, que había nacido lo justo antes que ella, acompañaba al padre en sus búsquedas. Tenía los ojos bizcos y ella no podía saber cuándo la miraba. "Mi hermano mira otros aspectos del mundo", podía haber dicho ella si hubiera vivido después. Las formas de los árboles eran motivo de diferencias entre ellos. Sobre la arena del suelo, ella dibujaba los que había visto por la mañana, tras recolectar frutos. El hermano solía pasar la mano, como una garra, sobre los trazos que ella hacía para marcar los propios. Un día dibujó el cuerpo irregular de un cangrejo mediano. Ella nunca había visto aquel animal y pensó que era falso, una invención. Tal vez la falla de apreciación de él se debía a sus ojos, que miraban solamente triángulos: las dos pupilas clavadas en el mismo punto, hacia la nariz.

Ya se ha fastidiado de formular tantas hipótesis. Quizá, el padecimiento que se lo llevará al final de su vida –un accidente cerebrovascular que le paralizará la lengua– será consecuencia de herir la carne de su cabeza con preguntas incesantes.

El corazón del caracol deja de latir en el invierno. Las lombrices y las orugas no tienen corazón. Esto lo sabe el médico. Y él, que ha padecido gota y sumerge los pies en agua helada, quiere que su corazón deje de latir. Ha comprobado que la vitalidad de las pulsaciones proviene del ánimo, y ya no lo tiene.

Cruza el umbral de la puerta que da al jardín. Levanta el mentón y huele el tufo de los animales que tiene allí. Da algunos pasos y se

agacha para observar a las criaturas en sus jaulas. Alguien debe mirarme a mí del mismo modo, piensa William, atrapado en su casa, preso en los dominios de su afán. El conejo más robusto coge el resto de una verdura del suelo, la roe, la sujeta como si con ello quisiera subrayar la importancia de su lugar en el mundo. Harvey se lleva la mano derecha a la nariz. Piensa que ese olor de las vísceras que se le ha impregnado en la piel ocupa el mismo universo apestoso de las jaulas. Los animales no lo saben, quizá seamos los únicos seres que distingamos el mal olor de nuestras heces, piensa. El médico sostiene una taza de té, se le ve débil porque su mano tiembla agarrada a la porcelana, como si hiciera una plegaria nerviosa hacia las cosas materiales. La tragedia es que al médico ha dejado de importarle el cuerpo y sus atributos. Ha perdido la fe en la carne. Ha extraviado la pasión que sentía ante la voluntad del corazón, de los corazones que ha conocido hasta ahora, porque ya sabe de qué modo circula la sangre dentro del cuerpo. Ahora le importa más mirar hacia afuera. Piensa que el Sol es el corazón del mundo. Entonces, con cierto gesto distraído, mira hacia lo alto del cielo para encontrarse con el brillo de la estrella que le da en la cara y le mancha la mirada durante algunos minutos.

Gira en redondo y va hacia la cocina. La taza de té descansa sobre la mesa.

El médico vuela hacia el Sol. Ha permitido, por fin, que la cola gruesa le crezca desde el coxis. Se imagina así. Va hacia el Sol y, mientras más se aproxima, sus alas empiezan a verse afectadas. El calor es tanto, fabula el médico, que la cola también comienza a derretirse. Soy un animal prehistórico, se dice, sumergido en un delirio, como si el té que tomó fuera mágico. Cierra los ojos y se mira a sí mismo suspendido. Es semejante a la sensación que tendrá luego, unos meses después, cuando una parte de la carne de su cabeza, de su cerebro, estalle y derrame sangre para dejarlo sin lenguaje. (Un boticario lastimará su lengua para devolverle el habla,

y la hará sangrar sin efecto.) Ha visto demasiado, lo sabe, ha sido inclemente, atrevido y soberbio con el cuerpo de animales y hombres. No es su corazón el que falla, sus pensamientos lo han agotado hasta convertirlo en una persona incapaz de articular palabras, de decir los nombres de las partes del cuerpo, de meditar y susurrar los hallazgos. Por eso el médico enmudece.

Cuando siente ardor en su cuerpo, ya muy cerca de llegar a la superficie solar, con la cola convertida en rabo, en carne viva y cenicienta, el médico abre los ojos de vuelta y mira alrededor suyo. La luz ha descendido y tiene lugar el atardecer.

El camino de regreso comienza. Miras el fulgor de las estrellas por la ventanilla de la nave. No quieres volver, pero tampoco es tu deseo quedarte. La suspensión ha tomado tu ánimo. Lo mismo te daría estar en cualquier sitio. Debe haber sido antes de darte cuenta de la presencia del cangrejo en tu pecho, cuando perdiste el interés por todas las cosas. Parte de tu existencia permanecerá en la nave para siempre.

Tu hijo estará recibiéndote a la llegada, si vuelves con vida. Quieres desgarrarte por dentro al internarte en la atmósfera terrestre. El final del trayecto. Observar por la ventanilla los haces de luz convirtiéndose en fuego.

Ryu revisa los controles. Envía un mensaje por escrito cuyo contenido se te escapa. Está tratándote como a un demente. No te importa. Quieres otorgarle los méritos del viaje.

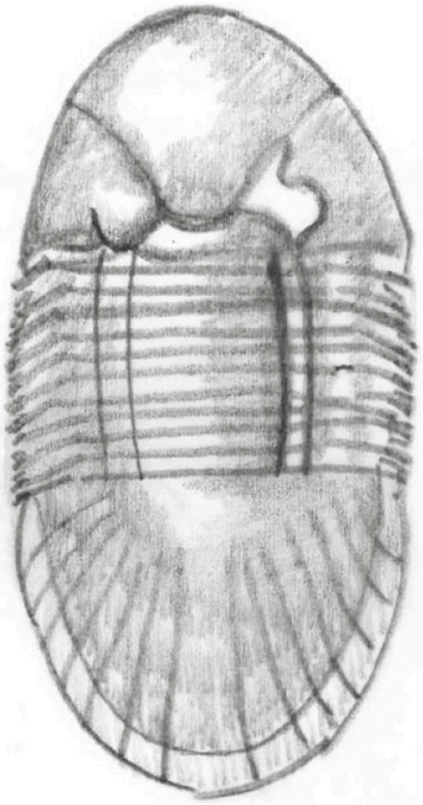
Antes de tomar tu sitio, observaste tu rostro en el espejo. La piel marcada por mapas rojizos, la dermatitis nerviosa. Pensaste que, si sobrevives, te avergonzará que se noten estas faltas de carácter visibles en tu cuerpo.

En el centro de la ventanilla, a miles de años luz, ves el brillo insoportable de una estrella mayor. Piensas que te llama a su manera. Quizá lo único que te conmueve es la luz.

Cuando la escotilla de la nave se abre, te cuesta mover las extremidades. Ryu sale como un conejo de su madriguera. Tú esperas un poco. Asomas la cabeza por la ventanilla y ves a los

cuatro rescatistas esperándote. Te desatas los cinturones del asiento. Te pones de pie y tu cuerpo comienza el trabajo de retorno. La gravedad te da, de súbito, el peso que habías perdido a lo largo de los meses. Cuando tienes medio cuerpo fuera de la nave, tu pecho se hincha con el aire y sabes que has regresado. La Tierra huele.

No entiendes qué ocurrió en aquel momento, vuelves a recuperar la conciencia cuando estás acostado en una camilla. Has sufrido el desequilibrio de tu corazón. Hay un médico, de estatura baja y cejas arqueadas como los picos de dos montañas. Pone la mano sobre tu pecho mientras alguien, en otro sitio, dibuja la figura de un cangrejo mediano sobre la arena.



La sangre se alejó de su cerebro, eso le hace ver borroso; de la misma manera que veía en los primeros meses, no consigue leer los números que ha anotado Ryu en la libreta de resultados.

Las pruebas a las que fueron sujetos antes de la misión resultaron insuficientes. Tal vez debió practicar las inmersiones en agua en el

mar abierto. Al menos habría sido más enriquecedor para su experiencia. Le viene a la mente la escena de mayor tormento dentro del mar desde las boscosas imágenes de su infancia. Su madre lo llevaba en brazos al agua porque no había aprendido a nadar. Cuando entraron al mar –los pies de su madre seguros sobre el fondo– alcanzó a ver, por encima de su hombro, el resto de un animal bajo las olas. Era la aleta de un tiburón que había sido cortada de tajo, separada del cuerpo. Como si fuera susceptible de sufrir algo semejante, sintió terror. Pensó que el animal herido, u otro de su especie, podrían cobrar venganza en contra suya. Comenzó a llorar, desesperado. Su madre no entendía qué ocurría, hasta que le señaló el pedazo de carne con el borde ensangrentado. Entonces le dijo que no temiera, que aquello era inofensivo. Le pidió que dejaran el mar y ella le hizo caso, fueron de regreso.

La inmensidad del espacio no es semejante al mar, pero sí le provoca el mismo pensamiento: cualquier fenómeno puede tener lugar. Ha notado, con claridad, la forma en que su mente se descompone. El espacio exterior está dentro de su cerebro, sitio de caos. Se sabe capaz de pensar millones de ideas. Él ha cedido el sentido de su vida a la voluntad de sus pensamientos.

Horas antes, Ryu permaneció absorto mirando por la ventanilla hacia la nada. Dijo que encontró en la imagen de las estrellas la representación de su muerte. El cosmonauta entendió a qué se refería: eran parte de aquello, de la misma manera que el metal de la nave.

Le ha sucedido algo habitual. Las bacterias que anidaban en sus intestinos han migrado hacia la uretra. Le han indicado los medicamentos para defenderse de la infección, aunque la reacción sea falsa o impuesta, pues no es su organismo el que actúa, sino los fármacos. Orina y siente escozor.

Vieron de nuevo la película del monolito y el hombre en el espacio. Al despertar, tuvo miedo de la nave, como si ella pudiera ser culpable de una fatalidad.

La nave respira y lo hace con mayor competencia que ellos.

De pronto, imagina que puede tener los pies sobre el suelo y que se inclina para lavarse el rostro.
La mujer se ha zambullido en la laguna. Entre los dedos de los pies tiene las algas suaves del fondo. Sumerge el rostro y abre los ojos para apreciar lo que se encuentra debajo, en la parte más profunda. Una burbuja de aire se escapa de sus labios y llega a la superficie para reventarse. El hombre está sentado en la orilla, sujeta entre las manos un trozo de madera y, con una laja de piedra, procura darle forma a algo que imagina. Entierra la piedra en el canto de la madera y procede a desgajarla. La mujer vuelve a la superficie y gira la cabeza para verlo ocupado en esa tarea.

Encima de ellos se extiende el cielo. Las nubes corren. Más arriba, puede verse la nave. Pero ni la mujer ni el hombre son capaces de observarla. Tendrían que contar con un telescopio y es demasiado temprano en la Historia para que eso les pertenezca. La nave da vueltas alrededor de la Tierra y la Tierra gira sobre su propio eje. Eso tampoco lo saben ellos, aunque pueden intuirlo. La mujer ha observado que la sombra de la saliente en el umbral de la caverna cambia a lo largo del día y supone que la causa es externa. Hay en ese efecto y esa circunstancia un razonamiento que se fuga, el conocimiento que no puede ser probado.

El médico dispone los instrumentos sobre la mesa. No tiene ayuda. Los ha limpiado y es tiempo de irse. La vivisección reciente le ha producido tedio. Ojalá hubiera sido la primera vez que abría un cuerpo vivo, piensa. La crueldad de la repetición es ineludible. William sabe que, a hombres como él, siempre se les hará demasiado tarde. Es una condena.

Han venido de lejos dos cirujanos para aprenderle las formas. Sus manos quieren encontrar otras manos igual de capaces para diseccionar. Y las otras manos extranjeras idealizan la potencia de los dedos de William. La habilidad de sus muñecas, el giro que dan sobre sí mismas, la destreza.

El cosmonauta atraviesa momentos de melancolía. Habría sido mejor no darse cuenta de las ambiciones de su especie. Su cuerpo es usado para establecer normas feroces sobre los cuerpos de otras personas. Creen que así serán más adecuados para emular la eficacia muerta de las máquinas. Se ha borrado el sentido de la civilización porque su alcance es absurdo. "Nuestra inutilidad es actual. Y qué más da", murmura, mientras guarda las cajas de Petri con las colonias de bacterias.

El hombre ha enterrado en la pared de la caverna, donde es arenosa y dúctil, el pedazo de una rama. Le muestra a ella cómo puede colgar la liana de la rama. No cabe duda de que ha hecho un descubrimiento. La mujer mira las manos del hombre y sigue el curso de ellas. Se le dibuja una sonrisa corta en los labios. Imagina qué puede colgar de la rama, de la pared.

El hombre, entonces, cuelga el retazo de piel que a veces lleva entre las piernas. Por un momento, queda suspendido allí y él gruñe. Al instante, la rama se desprende de la pared, el cuero cae al suelo y levanta una pequeña nube de polvo amarillo.

El cosmonauta ha vuelto a la Tierra y no sabe de qué manera vivir en ella. Se parece a nacer otra vez. En el espacio flotaba como si se encontrara dentro de un útero; pensó que aquella gravedad no lo dejaría irse, fantaseaba con morir atrapado en el vientre cósmico. Luego, tuvo que asumir el regreso. Miró el continente que se desplegaba frente a sus ojos. Vio el brillo del océano aledaño y aceptó, con el gruñido que le daba voz en aquel momento, que volvería, que debía volver. Incluso su ánimo mejoró.

William sabía algunos detalles acerca de los antiguos habitantes de la Tierra. Había escuchado, entre las risas en la taberna, la opinión de un conocedor de animales acerca de la retracción de la cola en los humanos. Era el mismo hombre que decía, como verdad incuestionable, que los habitantes de la misma ciudad que el

médico, la ciudad de Kent, tenían cola. Lo que Harvey ignoraba es que la leyenda había tenido origen en el seno de su propia familia. El abuelo del médico tenía una saliente carnosa encima del coxis. Trataba de ocultársela siempre, pero, alguna vez, el conocedor de animales había escuchado de su padre la historia, quien había visto al abuelo de Harvey frente a un urinal y había reído en silencio al verle aquel rabo.

A partir de entonces, Harvey comenzó a tomarse en serio la comezón que lo acusaba desde las nalgas. De allí algo quería salir. Tocaba todas las noches la cumbre de su coxis y, en efecto, notaba que crecía desde su carne una saliente. No estaba ya en edad de desarrollarse. No era parecido al crecimiento de su miembro, aquello tenía otro fundamento que desconocía por completo. Recordó lo que escuchó en la taberna en voz del conocedor de animales: el crecimiento de la cola indicaba que esos hombres especiales estaban destinados a arar la tierra, como los bueyes. Harvey cerró los ojos al anochecer, cuando ya se veía abrumado por la aparición. Imaginó, por un momento, los dorsos de los cuerpos que había diseccionado y no consiguió recordar ninguno que tuviera siquiera un enrojecimiento arriba de la línea que dividía las nalgas. Tampoco había visto nada parecido en los cuerpos de las mujeres.

Había descubierto la circulación de la sangre, había, sí, definido la relevancia del corazón y subrayado sus potencias magníficas en los cuerpos de los seres vivos y calientes. Lo que ignoraba era la manifestación de las colas.

Buscó en los libros de anatomía de sus estantes. Estudió la estructura de la columna. Observó los grabados de niños que nacían con la espina dorsal dividida, y no halló la información que necesitaba.

La cola que iba naciéndole le molestaba al sentarse. Su crecimiento le provocaba dolores que se expandían por la parte baja de la espalda y las piernas. La piel desprendía el líquido propio de una infección y olía mal.

La mujer piensa en que, si tuviera leche, alimentaría a los animales pequeños que suele encontrar cuando sale a cosechar los frutos. Se queda con los ojos perdidos hacia la luz de la entrada y ensueña con la sensación del hocico de algún animal que mama de ella. Ojalá fuera así alguna vez. Desea dar leche, pero no la tiene y quizá no la tendrá nunca. En aquel instante, el hombre se empeña en afilar su cuchillo de piedra. Lo hace casi a diario, es necesario conservar el filo y lo pierde una y otra vez. Se ocupan en el transcurrir del tiempo por accidente; no saben de qué se trata el ir y venir de las estaciones o al menos no desde el punto de vista en que podría comprenderse. Agradecen las lluvias cuando tienen lugar. A ella le excita sentarse bajo la caída del agua y a él le gusta verla así.

Saben que la existencia carece de sentido. En verdad los días se refieren a sí mismos y eso es lo único permanente. La mujer conoce la muerte y el nacimiento. El hombre también. Y el cosmonauta se ha dado cuenta de que el fin y el principio son constantes únicas. Lo demás estorba. Lo que está alrededor del animal desangrado es el escenario, apenas el acomodo de la imagen. Importa el animal que pierde sangre y muere, importa que la hembra que lo dio a luz morirá.

La casa es amplia ahora. El espacio que ocupa en ella lo lastima. Siente nostalgia por la nave. Se desplaza exhausto de una habitación a otra. No sabe a dónde ir. Los pasos que da sobre el suelo le recuerdan el dolor que apareció desde los primeros días: las plantas de los pies le arden. Pone sobre la mesa la taza de café. Observa el humo que se levanta desde ella. Sorbe un trago que le quema la garganta y, sin darse cuenta, suelta la taza en el aire, como si procurara colgarla. La taza cae al suelo.

William despertó con la cola entre las ingles. La cola a la par de su miembro relajado. Aquella nueva extremidad lo avergonzó de manera tan profunda que no se atrevió a dejar la cama. En la punta encontró tres pelos gruesos casi rojizos, como los que le crecían en

las sienes. Contó, favorecido por el tacto talentoso de sus manos, siete vértebras y las imaginó cartilaginosas. No podía ser de otro modo porque a su edad era imposible que su cuerpo diera lugar a nuevos huesos.

Vino a su pensamiento el tumor de la mujer enana. Ella tenía, debajo de los dos pechos, como si esa protuberancia de carne hubiera decidido formar un triángulo, un tumor relleno de tejidos: uñas, pelos, cartílagos informes. Harvey abrió aquel tesoro con los ojos desviados por la fascinación. Quizás, en alguna parte de la historia de aquel cúmulo de carne, el tumor iba a ser un feto o, tal vez, era el recuerdo malogrado de una gemela.

Se puso de pie con cuidado, para que su mujer no despertara. Escondía la cola entre las piernas y así, de pie, la punta le alcanzaba la parte baja del vientre. Sintió los pelos gruesos metiéndose dentro de su ombligo. Caminó hacia la ventana para conocer las cualidades del cielo aquella mañana. Tal vez el Sol iba a decirle algo acerca de eso que acababa de terminar de formarse en su cuerpo. Más allá del jardín de la casa y hacia el horizonte, William alcanzó a ver un buitre posado sobre el alféizar de una ventana. No había visto nunca a uno de ellos en estas latitudes. No había visto, de hecho, a un ave de esas características y, con humildad, pensó que se trataba de una mala señal.

En este instante, la mujer se encuentra bajo la lluvia. Ha salido de la caverna al escuchar las gotas y oler el polvo mojado. Alza la vista al cielo: las nubes lo cubren, la extensión de los cúmulos más oscuros se encuentra justo sobre el territorio que la mujer y el hombre conocen. Más allá, en donde ella nació, aún no cae el agua. Falta poco. Hay viento. Se trata de una tormenta.

El cosmonauta camina sujetándose de las agarraderas de la nave. No es exacto referir que camina, más bien flota y extiende las piernas para avanzar. Tiene hambre. De los compartimentos de cristal extrae un sobre plateado y desgarra la orilla para hacerse del

contenido. Es carne disecada. Piensa de pronto en el animal que portaba aquella carne, el animal que fue en el origen. Sentado sobre la mesa, con los pies sujetos a las salientes de la banca para no suspenderse, reflexiona.

Mira lo que él considera la piel interna de la nave. Pone atención para atender cualquier indicio de fallas. Como es natural, él y Ryu experimentan emociones hacia el metal que los rodea. No es solo una nave, es un ser vivo. El cosmonauta ha anotado en su libreta de viaje, en su bitácora, que la nave viene del mismo origen que él y todo cuanto conoce. "Hubo un principio en donde se formó todo lo conocido", como si fuera, además de cosmonauta, un profeta. Él afirma que las moléculas de la nave son parientes de sus células. *Todo en el mundo comenzó con un sí. Una molécula dijo sí a otra molécula y nació la vida*[1], piensa.

Con los dedos desinfectados, rasca el interior de la bolsa y extrae los hilos de carne seca. Los lleva a la boca y se demora para humedecerlos con saliva. Está contento, disfruta el sabor algo salado. De pronto, distingue desde su lugar una luz anaranjada en la consola de avisos. La nave quiere decirle algo. Deja el sobre sostenido en una de las ligas de la mesa y se incorpora para acercarse a la luz. La pantalla le explica lo que ocurre: el traslado se acerca al final, pero, antes, debe revisar a lo largo de tres jornadas las posibles reacciones de la nave que se separará de la estación para llevarlos de vuelta a la Tierra. Ryu desciende de la parte superior, pasa junto a él y le toca la espalda. No ha dejado, ni por un instante, de demostrarle condescendencia. El cosmonauta sabía, desde antes de partir, que se enfrentaría jornada a jornada con la actitud paternal de él, con su superioridad asumida. Ser capitán de la misión implica solventar las expectativas. Ryu lo hace bien, aunque olvida de manera recurrente que su cuerpo, y dentro de él su cerebro soberbio, provienen del mismo principio que el de cualquier persona.

Harvey siente comezón, pareciera que las terminaciones nerviosas anuncian el nacimiento de la cola. Ahora estará condenado a sentir

por medio de esa nueva extremidad. Camina hacia su estudio. Su pensamiento se encuentra difuso, en una suerte de choque que no distingue. No sabe, en verdad, si podrá asumir esto que le pasa. Se detiene por un momento en el pasillo y piensa si, acaso, estará enfermo de la mente. Tal vez este acontecimiento en su cuerpo es producto de las prolongadas jornadas inclinado sobre otros cuerpos abiertos en canal. Habrá sido por mirar las vísceras, se dice, habrá sido por sostener con las dos manos el largo intestino de mi padre tras su muerte.

En la mesa de su estudio están los papeles que ha escrito en días recientes. El tratado acerca de la circulación de la sangre es eso, nada más: hojas escritas a mano. Mira las notas que él mismo ha garabateado en los márgenes, los cambios de palabras, la actitud dispuesta de quien corrige sus propias aseveraciones. Entonces piensa que sus hallazgos son menores. En el descuido tras la inmersión en estos pensamientos, William ha permitido que su cola esté libre. Desde la puerta del estudio, puede vérsele la punta encima de su cabeza. Se erige como una planta tropical detrás suyo: se levanta hacia el cielo y lo corona. Cuando está con los ojos puestos sobre su manuscrito, embebido en la lectura de un párrafo, su esposa toca la puerta y abre. Expande los ojos como si estuviera ante la aparición de un santo o un fantasma, traga saliva y se ahoga con ella, luego grita. Se desmaya en la entrada con la imagen del médico en el iris de sus ojos.

El cuerpo de la mujer escurre agua. Sin poder preverlo, ella comienza a tiritar. Está de vuelta en la caverna y siente frío. El hombre le pasa sus manos sobre los brazos y los hombros, sobre el vientre y los pechos, para procurar secarla. En cualquier momento tendrá lugar el atardecer y, al irse la luz del sol, el frío será peor.

El hombre sale de la caverna y se va. La mujer se recuesta en el suelo y gira sobre sí misma para cubrirse de polvo. La humedad propicia que sobre su piel se forme una costra fina que la protege y

le disminuye los temblores. Es la manera que ella encuentra para dejar de tiritar. Poco a poco va sintiéndose más cómoda. Sobre sus pómulos, la tierra se acumuló y pareciera que ella podría esconderse entre los arbustos a la espera de una batalla. Con las manos sucias, dispone sobre el suelo algunas piedras. No sabe para qué. Coloca una piedra mayor al centro de un círculo imaginario y, alrededor, en círculos concéntricos, dispone otras piedras de menor tamaño. Podría tratarse de la abstracción entre lo grande y lo pequeño o entre lo que se ve con notoriedad y lo que se distingue en menor medida: una muestra de la luz y las sombras, por ejemplo, el remedo del día y la noche realizado por medio de piedras sobre el polvo.

Ella llevará después esta disposición de círculos que se contienen, de esferas menores y mayores, a la pared de la cueva con sus talentos pictóricos. Lo que hará allí está por ser revelado. "La pintura del cielo" podría llamarse, si alguien de otra época la descubriera. El tiempo transcurre y la mujer, en un día distinto y a otra hora, sola como suele estar, se pone de puntillas para pintar el círculo mayor al centro de óvalos imaginarios por cuyas líneas cruzan nada menos y nada más que los planetas del Sistema Solar.

El médico descubrió en las rodillas de una puritana, cuyo cuerpo diseccionaría, los callos producidos por la oración. Es un recuerdo que le viene a la mente al asumir que, para deshacerse de la cola que le ha crecido, necesitaría la intervención de otro médico con una cirugía mayor.

William creyó que el alma era el principio de los motivos del cuerpo. Si el corazón late, se dijo, es por la voluntad del alma. Ella es como el Sol dentro de la carne de cada uno. ¿Cómo es posible que su alma haya dado lugar a una cola?

"El alma es movimiento", dice. Entonces dilucida lo siguiente: si mi alma ha gestado el nacimiento de esta cola, debe ser para llevarme a otro tipo de existencia. No es que el médico se haya convertido en animal, pero sí es viable que la nueva extremidad lo conduzca a desplazarse de otro modo por el espacio. La cola es parte del

equilibrio en los animales, en algunos, incluso, es una extensión para sujetarse. Pero William no habita en la selva y tampoco en el bosque. ¿De qué puede sujetarse con la ayuda de ella?
En el espacio, el cosmonauta se ha quitado la camisa y se halla afanado con las tareas de higiene. Humedece una toalla pequeña y se la pasa por las axilas para limpiar el sudor que huele a cebolla. Desde que abandonó la Tierra, no ha probado el sabor de la cebolla. En los compartimentos para las plantas, sin embargo, sí crecen el trigo y la avena.

Se pasa la toalla por el tórax y llega al ombligo. Observa la manera en que, alrededor de él, crecen los pelos gruesos cuya abundancia aumenta hacia el vientre. A su pensamiento viene el recuerdo del cuerpo abierto de la última mujer con la que estuvo desnudo, con la que copuló. Es tan intensa la rememoración que dentro de sus narinas se presenta de nuevo su olor. El cosmonauta tiene una erección. La Tierra se halla a su vista, el Océano brilla sobre su superficie y él extravía los ojos dentro de sí mismo y más allá. Siente un ligero golpe en la frente cuando eyacula: otro pensamiento, este de procedencia misteriosa, le toma la mente. Imagina que, si su miembro estuviera al final de su espalda, parecería un rabo.

Se pone la camisa de vuelta y siente un poco de frío. Los efectos de las temperaturas a bordo de la nave son diferentes. El calor le arde y produce comezón; el frío es doloroso en los pies, sobre todo durante las mañanas.

La mujer se encuentra sentada en el suelo. Tiene la mirada perdida sobre el muro donde brillan las esferas que pintó. Por alguna razón, se pone de pie y levanta los brazos hacia el techo de la cueva, luego da algunos pasos y va hacia la entrada. Cuando está a la intemperie, levanta más los brazos y los entrega al cielo. Sube la mirada hacia él y distingue el contorno blanco de la medialuna. Es el día, pero se puede observar con claridad, de hecho, es de mañana. A la mujer le ha amanecido con los ojos extraviados en sus obras. Aquellas

esferas han sido la consecuencia de haber visto, en días anteriores, esa misma Luna que observa ahora.

El corazón del cosmonauta late con fuerza. En la Tierra, la realidad que experimentó en días anteriores se diluye como nube de humo. Por los latidos de su corazón puede identificar los efectos secundarios del aterrizaje. Transita por los espacios de su casa. No tiene claro en dónde se encuentra la salida. Los objetos dentro parecen estar dispuestos como trampas. En la confusión, tras el desayuno, empuja la mesa en la que está su plato con las migas del huevo revuelto y pretende que se vaya flotando frente a sus ojos.

La nave se halla a algunos kilómetros de su casa, en un hangar; él planea irla a ver, quizá al observar su piel rutilante pueda asumir que ha vuelto y que ya no la habitará de nuevo. La casa ahora es el cohete que se traslada hacia ninguna parte. Se desliza con las plantas de los pies adoloridas, va hacia el sillón de la sala. Allí se detiene. Los ojos se le escapan hacia el libro que tenía perdido. Es un tomo pesado con fotografías de hallazgos prehistóricos. Lo abre en una página al azar y frente a sus ojos se despliega la imagen del dibujo intacto de las esferas que realizó la mujer. Piensa que, con probabilidad, las ideas acerca de su porvenir son semejantes a las que guardaba el autor de aquellas pinturas. No se pregunta si la artista fue una mujer. El astronauta da por hecho que se trató de un hombre de pie frente al muro, uno que imaginaba la trascendencia.

Tiene la lupa mediana a la par del libro. Su visión ha quedado dañada por los meses en el espacio exterior, es una consecuencia natural que podría deberse a que sus ojos vieron desde demasiado lejos y ahora son incapaces de ver cerca. Con la lupa, el cosmonauta estudia la imagen del libro. Al pie del muro descubre algo que brilla entre la arena del suelo. En la arena hay algo que lanza destellos. No se sabe si se debe a los defectos de su visión, pero, en un instante, parece descubrir de qué se trata: hay allí un cuchillo o una navaja. ¿Será probable que el fotógrafo especializado, un explorador, o algún arqueólogo haya dejado el cuchillo? Él se confunde: ¿o será, tal vez, que la fotografía sí corresponde a aquel tiempo antiguo? ¿El

objeto es un vestigio de la Historia o fue depositado después por accidente en esta parte de la caverna? Se pregunta con cierta desesperación. Sabe que su vista y los datos que corresponden a la Historia son engañosos. A través del tiempo es probable que haya ocurrido cualquier cosa, piensa.

Se deja caer en el respaldo del sillón y permite que su mirada escape a través de la ventana, apenas alcanza a distinguir en la bruma de sus ojos el automóvil de su vecino de enfrente. Recuerda en aquel instante el aterrizaje. La nave iba envuelta en llamas. Él pensó que moriría. No puede creerlo ahora: su cuerpo dentro de la nave, protegido por ella, a salvo del calor infernal.

Cuando Harvey se levanta de la mesa, tras la comida, asume que el secreto de su extremidad haya dejado de serlo. Ha hablado con su esposa acerca de la cola, luego, sumido en la vergüenza, se la ha mostrado. Hace varios meses que ellos no se desnudan para besarse. Por eso ella reconoce el cuerpo entero del médico y la revelación de su apéndice. La suavidad de la piel es parte del olvido. La esposa se lleva la mano a la boca para evitar el grito que se le quiere escapar de la garganta cuando observa la cola carnosa de cerca. Luego disimula aún más. Le dice al médico que, aunque resulta extraño aquel nacimiento, debe recibirlo como otra dádiva de Dios. Él baja la mirada al suelo. No sabe de qué modo enfrentar aquello que su mujer le dice. No duda acerca del inmenso aprecio que le tiene. Ella extiende la mano hacia la punta de la cola. Acuna la palma y siente los piquetes de los pelos gruesos. Es una caricia. Luego deja ver su sonrisa mínima y cuidadosa ante los ojos del médico. Es un gesto de perdón. La esposa permite que esa cola exista por medio del amor que le tiene a él.

William sabe que los corazones de las mujeres son menos nervudos que los de los hombres. Tal vez por eso ella le permite existir con tal generosidad. El corazón que él guarda en el pecho, en cambio, se halla atravesado por hilos y eso lo hace más rígido. La suavidad de un órgano implica la flexibilidad del ánimo. Quizá si él tuviera ahora el corazón de una mujer aceptaría la cola en la parte

alta de su coxis. Entonces, para salir adelante con su pesadumbre, el médico permite que el ánimo de su mujer entre en su cuerpo. Está siendo parecido a ella. Ya es distinto y lo mejor es que acepte su nueva condición extraña. Lleva la mano hacia la de ella, que está montada como una corona sobre la punta de su cola todavía; siente el dorso huesudo y la mira a los ojos. Es casi imperceptible pero, en aquel instante, los globos oculares del médico se humedecen con lágrimas. Ahora viene el dolor. La aceptación trágica. Podría acudir al anfiteatro con algún colega diestro y colocarse sobre la camilla de cirugía boca abajo y arriesgarse a que le amputen la extremidad, podría hacerlo. Pero él ha buscado, a lo largo de la vida en los cuerpos de otros, las respuestas que no ha encontrado en sí mismo. Por eso desiste.

Años atrás, cuando experimentaba como un principiante, tras la vivisección de un cerdo del corral de su casa, en la que le extrajo el corazón, Harvey tuvo la ocurrencia de colocarlo en agua y ponerlo al fuego para que hirviera. Lo que vieron sus ojos tras algunos minutos fue la estructura fibrosa del órgano. La imagen nítida de la composición de aquella carne animal. Y el corazón humano era bastante parecido al del cerdo, eso lo sabían muchos médicos como él.

El corazón es un animal que se creó hace miles de años dentro del cuerpo de otro animal más antiguo. No sabré nunca, pensó el médico cuando se alejaba del comedor y dejaba atrás la mirada de su esposa, perdida del otro lado del cristal en las ramas del árbol que resguardaba la casa, no sabré nunca si el corazón fue anterior al cuerpo. Luego, pensó que la memoria guardada dentro de cada uno era difícil de prevenir. Mi corazón debe ser un recuerdo que se grabó dentro de mí y cuya fuerza ha permanecido a lo largo del tiempo, y es probable que mi cola, ahora, sea también la memoria de lo que fui antes de nacer.

El cosmonauta debería ser feliz. Su pesadumbre, en cambio, es cada vez mayor. Oculta los sentimientos que le produce a su alma la presencia de Ryu. Si nos aproximáramos, tras una cirugía a su

corazón, podríamos notar (aunque sea sutil), que los pulsos de su músculo principal se perciben débiles. No es, con exactitud, que él padezca alguna enfermedad, se trata del reflejo de su alma debilitada por la soledad y la distancia.

Se encuentra detenido sin hacer casi nada. A su pensamiento viene el recuerdo de las palabras de otro que, como él, viajó al espacio. "Desolación magnífica"[2], repite en un susurro y realiza así la cita de palabras ajenas, aunque son suyas ahora que se ha convertido en un experimento de su propia especie.

La exhibición que el control en Tierra hace de sus jornadas lo tiene deprimido. Millones de personas son testigos de su cotidianidad y esa acción carece de pudor. A nadie le importa lo que ellos sienten allí tan lejos de los reactores. Las cámaras permiten mostrar sus labores a los testigos, pero ninguno de ellos es capaz de comprender el hondo abismo que él siente dentro de sí. Y por eso su corazón late con debilidad. Mejor sería que se detuviera en seco alguna mañana o cuando él se pusiera a dormir, atado con las correas.

Su sensibilidad se parece al hambre, como los óvalos que ha dibujado se parecen a los planetas. Y cuando sacia su hambre con alimentos que el hombre ha conseguido o con los que ella se procura, al desatar las frutas de las ramas o tomar las que han caído al suelo, agradece su vida en la caverna. Es natural que, tanto ella como el hombre, ignoren qué hay más allá del territorio visible. Por lo mismo, tal vez la felicidad tome sus cuerpos cada mañana. Ellos existen. Ellos son. Las manos lastimadas y cubiertas de pelo que entrelazan durante el sueño esconden lo que vendrá después. Ellos habitan con ignorancia del futuro, lo hacen de manera excelente.

La percepción de la mujer la lleva a creer que podrá ser testigo, a través de los días, de la gracia de la naturaleza. En cada efecto de la luz solar que observa alrededor suyo y sobre los ojos del hombre, cuando se encuentran fuera de la caverna, ve la misma gracia que distingue en el movimiento de los animales que ha dibujado sobre el muro. Así concluye que el orden de lo que mira es magnífico. En el

silencio que es interrumpido por chasquidos y balbuceos, la mujer lleva la comisura de sus labios hacia arriba y en la torcedura de su boca, sonríe y tiene hambre otra vez.

Gracias al apoyo de la Fundación para las Letras Mexicanas, la escritura de una parte sustantiva de esta obra se desarrolló en la Casa Estudio Cien Años de Soledad, de abril a junio de 2022, lugar donde Gabriel García Márquez creó su obra maestra.

La revisión de *El corazón habitante* fue realizada durante la Residencia Literaria Finestres en diciembre de 2023.

Daniela Tarazona (Ciudad de México, 1975) es autora de las novelas *El animal sobre la piedra*, *El beso de la liebre* e *Isla partida*, por la que obtuvo el Premio sor Juana Inés de la Cruz en 2022, así como del libro *Clarice Lispector. La mirada en el jardín*, en coautoría con Nuria Mel. Algunos de sus textos han sido traducidos al inglés, francés y chino. Además, ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores y es miembro del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México. En 2011 fue reconocida como uno de los veinticinco secretos literarios de América Latina por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Anotaciones

[1] Tomado de *La hora de la estrella*, de Clarice Lispector.

[2] Palabras del astronauta Buzz Aldrin al pisar la Luna.

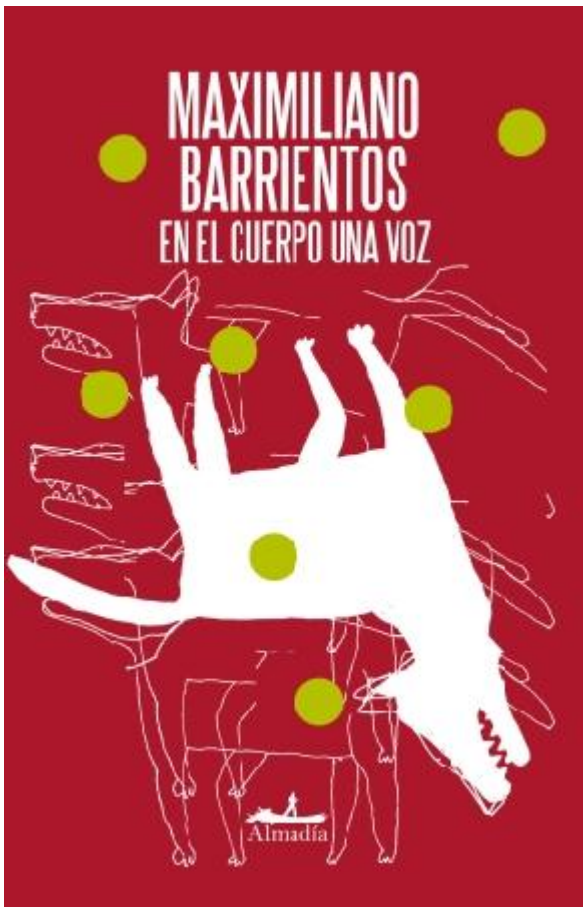
* Los dibujos presentes en el libro (amonite, p. 7 y trilobite p. 97) fueron realizados por la autora.



EL CORAZON HABITANTE

de Daniela Tarazona.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell Centennial. El diseño es de Alejandro Magallanes.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de Patricio Cevallos Ovalle.
La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.



En el cuerpo una voz

Barrientos, Maximiliano

9786078486618

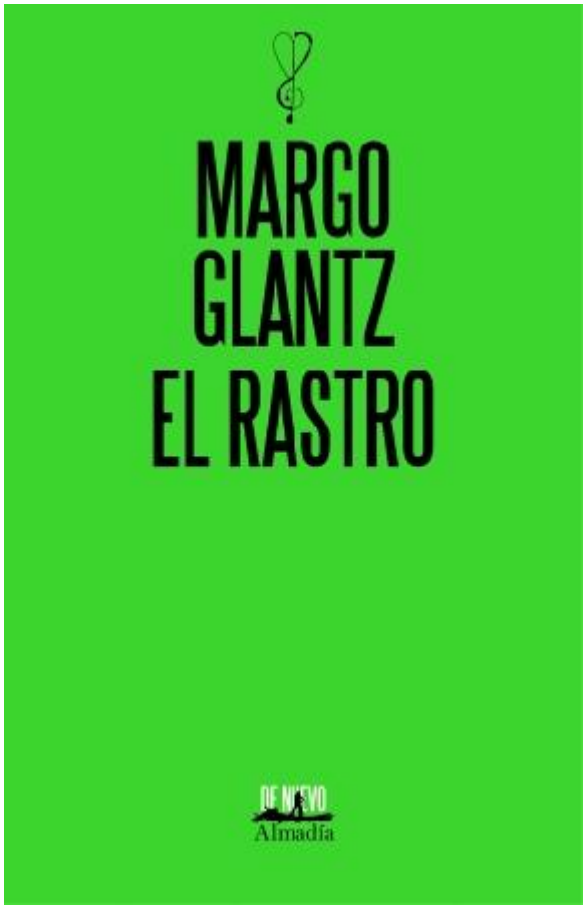
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras una cruenta guerra civil, Bolivia ha dejado de existir como nación. La población ha abandonado las ciudades y se repliega en comunas rurales mientras grupos armados conocidos como las brigadas imponen su ley a sangre y fuego. Ejecuciones, fosas

comunes y canibalismo: este es el paisaje de fondo de "En el cuerpo una voz", una novela que a partir de un acontecimiento ficticio condensa episodios de la historia de muchas naciones latinoamericanas, e incluso del presente mexicano. Polifónica y ambientada en temporalidades distintas, esta es la historia de un hombre que logra huir de un enfrentamiento con la más sanguinaria de las brigadas, la comandada por el General; es también el recuento, en los años posteriores al armisticio, de la memoria de los sobrevivientes del conflicto y de un joven cuyos padres fueron asesinados por el General y sus esbirros; finalmente, es una reflexión sobre la delgada línea que divide la justicia de la venganza. Con una escritura contundente y delirante, Maximiliano Barrientos nos confronta con una violencia cruda, tanto física como psicológica; pero también con las posibilidades que tenemos para poder aliviar las heridas –sociales e individuales– que somos capaces de infligirnos mutuamente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El rastro

Glantz, Margo

9786078667581

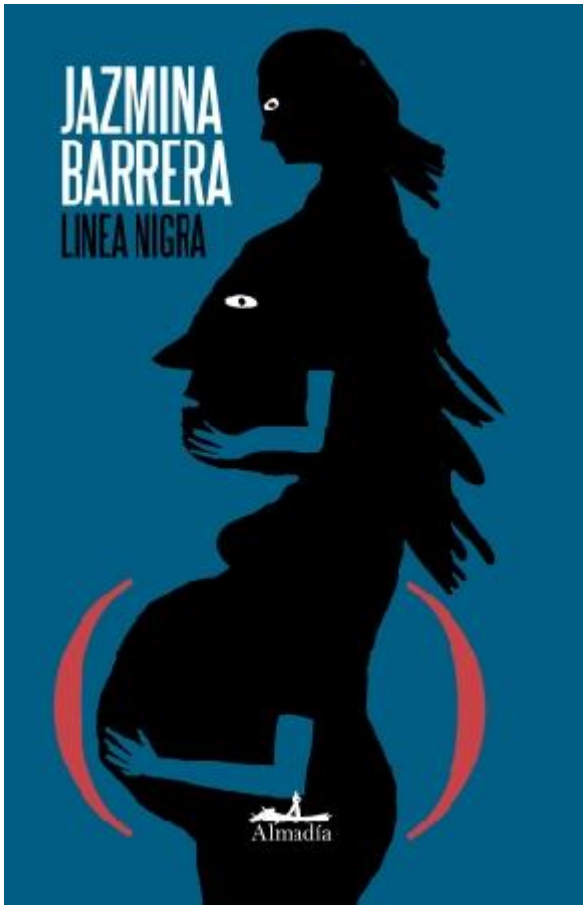
184

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El rastro es un texto en donde se habla de un entierro, y los sentimientos de la protagonista al contemplar el cuerpo de un hombre con el que vivió un tiempo largo, al que ha dejado de ver y al que vuelve a ver ya exangüe, y el recuerdo de ese cuerpo cuando estuvo vivo y compartió con quien lo mira una relación amorosa muy

intensa. Pero, al hacerlo, es decir, al revivirlo en la escritura, se cancela la decadencia del cuerpo. La escritura permite volver a darle vida a las cosas. Claro que la escritura es, en cierto nivel también, un cuerpo muerto por el hecho mismo de que es algo que está escrito y el libro es un objeto, pero al tenerse la posibilidad de escribir, de recrear algo, la vida se recobra. Esto es lo más bello de la escritura, la posibilidad de resucitar lo que desaparece.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Linea nigra

Barrera, Jazmina

9786078667635

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Desde los primeros momentos de su embarazo, Jazmina Barrera inició un diario que pronto se convirtió en un ensayo. Pero escribir sobre la gestación es también hacer la crónica de un proceso: el relato del comienzo de la vida. Así, Linea nigra es una novela ensayística o un ensayo novelado donde la autora, con la inteligente curiosidad y el lenguaje transparente que la caracterizan, da cuenta de la enigmática transformación de su cuerpo gestante: una labor tan común como asombrosa e incomprensible. Entre sismos, el acompañamiento de su esposo, la búsqueda de nombres y las visitas al ginecólogo, la escritora se relaciona con el ser que crece dentro de ella, mientras profundiza en las historias de las mujeres de su familia y tiende puentes con la experiencia de una treintena de creadoras que encontraron en el arte y la literatura un lenguaje para pensar el cuerpo materno y la crianza. Dialogando con Rosario Castellanos, Mary Shelley, Frida Kahlo, Ursula K. Le Guin, Luz Jiménez, Tina Modotti, Virginia Woolf, Simone de Beauvoir, Alice Munro o Margaret Atwood, la mirada lúcida de Barrera narra con honestidad el dolor, la angustia o la felicidad propios del embarazo y la lactancia, ese lugar del espacio-tiempo en que coexisten la luz y la oscuridad en el cuerpo de una mujer.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Caballo fantasma

Sosa Castañeda, Karina

9786078667512

120

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

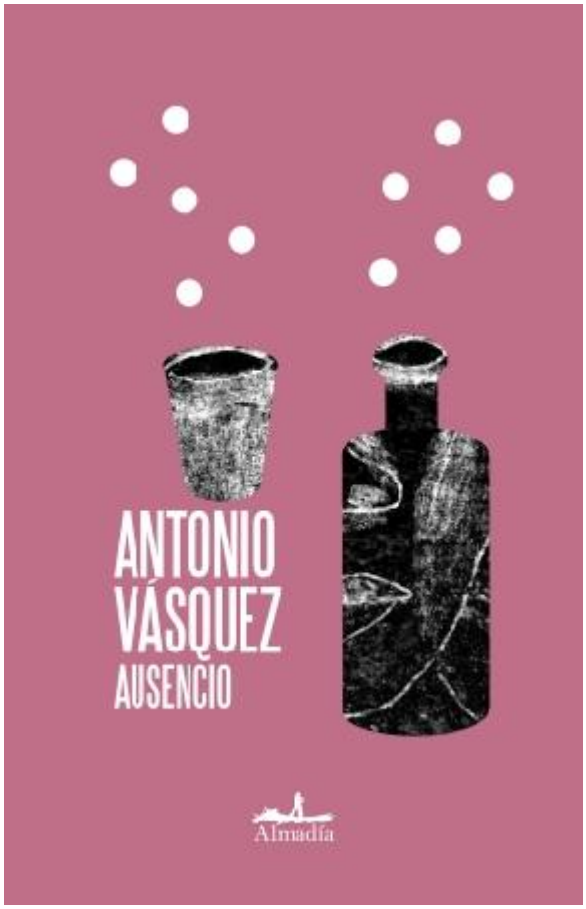
En una habitación de la ciudad de Oaxaca, una joven arquitecta escribe y lee los diarios que ha acumulado a lo largo de diez años. Hace seiscientos días que su madre murió. Lo único que Ka sabe de ella es que padecía una enfermedad de los nervios y amaba los caballos. Leonora, su madre, siempre ha sido un fantasma.

Mientras se adapta a su regreso a la ciudad, su nuevo trabajo, las calles, el amor y las bibliotecas, Ka busca su propoa historia e indaga en la vida de su madre y su apasionada afición equina. Leonora es un espacio en blanco, un misterio que Ka intentará resolver con una escritura que oscila entre recuerdos, citas y referencias literarias. A lo largo de una prosa paciente y cristalina, esta novela reflexiona sobre la ausencia, las mentiras, la soledad, los relatos familiares y la capacidad de los seres humanos de contarse las historias que les den identidad y definan su lugar en el mundo.

"Sigilosa y ajena a los aspavientos, Karina Sosa ha escrito un libro excepcional. Caballo fantasma es consecuencia del poder real de la imaginación literaria. Su escritura provoca sentimientos y nos hace sospechar que el único mundo real es el imaginario. Desde la intimidad, la lectura y la soledad es posible crear belleza e imágenes inauditas. Esta novela, no es de extrañarse, ha sido concebida en Oaxaca, ese otro país".

Guillermo Fadanelli

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ausencio

Vásquez, Antonio

9786078667505

144

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La muerte de Ausencio, padre borracho y desobligado, desata los demonios que habitan dentro de Arturo, su hijo mayor, quien a raíz de esta pérdida caerá por una espiral de tristeza, remordimientos y desesperación, que lo llevará a enfrentar el mismo vicio que opacó las

posibilidades de felicidad en su niñez y juventud.
El luto se convierte en una sombra que se cierne sobre todas sus acciones y sus pensamientos, y su presente se vuelve un continuo deambular a través de los malos recuerdos y los negros augurios. El abandono y la degradación al que lo conduce el alcohol lo malquistan con el pueblo y sus seres queridos.
Ausencio es la historia de un descenso al infierno, el del hijo que teme repetir los errores del padre, el de un joven al que parecen seguir tres fantasmales mujeres para anunciarle un destino aciago, el de un hombre que huye y se expone a la intemperie de sí mismo, al rostro de su muerte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)